

Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Escuela de Comunicación Social

La voluntad del valor

Papillon o la fuga permanente: ensayo literario desde un
enfoque del poder panóptico y el esquizoanálisis

Andrés Gutiérrez

Tesina de grado

Licenciatura en Comunicación Social

Directora: Mg. Alicia Gallegos



Rosario
Julio de 2014

Resumen

GUTIERREZ, Andrés. La voluntad del valor. Papillon o la fuga permanente: ensayo literario desde un enfoque del poder panóptico y el esquizoanálisis.

Directora: Alicia Gallegos. Rosario: Escuela de Comunicación Social UNR, 2014. Tesina.

“Este estudio pretende esbozar un proyecto de reflexión en torno a la capacidad de la literatura para interpretar los valores de la sociedad en que es a su vez interpretada, partiendo de una concepción del signo sugerida por Foucault tras su lectura de Nietzsche, según la cual éste, más que remitir a un significado original que deba ser descubierto deviene en sucesivas capas de interpretación. Condiciones de posibilidad de la enunciación, poder como relación y no como quantum, agenciamientos colectivos de enunciación, regímenes de signos y líneas de fuga son algunos de los principales conceptos que se desarrollan, en un intento de diálogo entre los aparatos teóricos de Foucault y Deleuze. A este propósito, la novela autobiográfica de Henri Charrière, Papillon, proporciona un escenario privilegiado para el experimento, en tanto se describen las resonancias de sus planteos con los estudios de los autores citados y se analiza su forma particular de narración, cuyas características escapan a los cánones literarios franceses de la modernidad.”

Índice

Introducción	4
Capítulo 1 – Espacio. La Lógica Disciplinaria.	8
Capítulo 2 – Tiempo. La Imprevisibilidad del Pasado.	20
Capítulo 3 – Fuga. La Paradoja Papillon.	36
Reflexiones Finales.	49
Anexos.	52
Bibliografía.	70

Introducción

¿Cómo puede un relato superar lo que se espera de él? Copiosas páginas se han escrito sobre la narración, páginas éstas que en sí mismas no pretenden ser un relato, aunque quizás lo sean. Es que de ellas se espera otra cosa. Pero, ¿cabe siquiera esperar algo de un relato? ¿Qué es? ¿Cuáles son las dimensiones que lo atraviesan? Palabras, frases, oraciones, párrafos; parecen insuficientes para proporcionar una explicación satisfactoria. Algo se les escapa. Mucho se les escapa. ¿El sentido? Los relatos no siempre lo precisan.

La categoría narración puede resultar engañosa, ya que es difícil escindirla de estructuras que la anteceden y que la ciñen a límites más o menos rígidos. Pero en un relato hay más que sólo estructuras (éstas sólo existen a posteriori, independientemente). Incluso hay algo más que la narración. Hay agenciamientos, hay condensados espacio-temporales. Hay no-lugares, a veces también no-momentos. Y hay imágenes.

Todas estas cuestiones conciernen al lenguaje. Al lenguaje no como lengua determinada, ni como código, sino como condición de posibilidad del relato. El lenguaje como materia informe de enunciados que no se dejan asir con meras categorías lingüísticas.

Si al relato le corresponden agenciamientos que le son propios, entonces cada relato es singular, a la vez que están abiertos a un todo con el que componen y recomponen, o con el cual descomponen para recomponer.

¿De qué manera se puede leer un relato?

Papillon es un hombre marcado por el resentimiento. No parece haber en él más que fuerzas reactivas que inspiran su huida, cuyo objetivo no es tanto la libertad como la venganza. La prisión no es el lugar en el que está encerrado por sus presuntos crímenes; es más bien una simple (aunque sin duda formidable) barrera, un obstáculo que debe superar para llegar “al fiscal, el falso testigo, el cana...”¹ ¿Cómo puede un hombre cargado hasta sus entrañas del más puro desprecio producir algo nuevo? ¿Qué puede crear? Y sin embargo, cuando leemos la novela, sentimos que hay en él algo inquebrantable, tanto más inquebrantable cuanto que se presenta siempre con un nuevo rostro. Papillon está paralizado. Al menos, una parte de él lo está. Mas el devenir no se interrumpe.

¹ Charrière, H.; *Banco*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1973, p. 21.

Es la vieja pregunta spinoziana. “¿Qué puede un cuerpo?” Y bien, ¿qué pudo Papillon? Lo único que tenemos de él es una obra (en sí misma un acto de creación). Perderíamos el tiempo cuestionando la veracidad o la falsedad de sus palabras. Eso no cambia nada. Nada tiene que ver con la intensidad que se palpa en la imagen que este hombre ofrece de sí mismo.

Y si no nos importa la demostrabilidad de lo dicho, ¿si nos importan, en cambio, sus intenciones? Charles Brunier, ex-convicto y combatiente de las 1ra y 2da Guerras Mundiales, declara en el año 2005 (con 103 años de edad) que parte de las historias narradas por Papillon en primera persona le corresponden a él. Y a otros reclusos, anónimos para nosotros. A estas alturas, Papillon llevaba muerto más de 30 años. La polémica no nos conducirá a ningún sitio. No es secreto que el relato está inspirado por los libros de Albertine Sarrazin y el volumen de ejemplares vendidos que ésta había logrado con sus aventuras, que -para Papillon- eran un poco menos impresionantes que la suya propia. Si un interés comercial es parte de la motivación (y sabemos que lo era)², no cuesta imaginarse el esfuerzo de tomar prestadas algunas historias ajenas y componerlas en una ficción. Pero no. Tampoco son sus razones o inclinaciones personales lo que nos interesa.

No es lo dicho, no es la verdad. Es lo enunciado. Lo enunciado como portavoz de un dispositivo que se articula y se configura por relaciones de fuerza, tal y como Foucault ha sabido concebirlo. Lo enunciado como chispa que ilumina una cáscara, una estructura más frágil de lo que parece, ya que debajo de ella se agitan incontables (pues no son cuantificables) movimientos moleculares, ritmos de intensidades.

Es necesario que hagamos una salvedad antes de avanzar. Si bien los aparatos teóricos de Deleuze y de Foucault son articulables, cada uno posee su especificidad, cada autor dibuja su propio mundo. Lo que decimos podría dar la impresión de que agenciamiento y dispositivo son sinónimos. Y no lo son.

En un dispositivo hay vectores. Fuerzas dominantes y fuerzas que resisten (incluso quizás desde la sumisión). El dispositivo se define por estrategias globales y tácticas locales de esas fuerzas, es un juego de poder. “Todo dispositivo es un caldo que mezcla visibles y enunciables”³. Lo propio del dispositivo es analizar lo que *puede* ser enunciado (y lo que puede ser visto). Siempre podremos reconocer un régimen de enunciabilidad. Del dispositivo cabe hacer un diagrama.

² “Te confío mi libro y mis intereses. Sabes que lo he escrito para ganar dinero y no por otra razón. Y sabes por qué.” Charrière, H; op. cit., p. 305.

³ Deleuze, G.; *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 65.

Un agenciamiento está atravesado por líneas. Algunas son líneas duras, hay una organización, una máquina, que resiste a su desmontaje. Otras son flexibles. Y siempre hay (virtual o actualmente) un tercer tipo de líneas: las líneas de fuga que trazan un recorrido desterritorializante y abren la posibilidad a la creación de lo nuevo. Los paralelos se resaltan a simple vista, pero eso no nos da el derecho a establecer una equivalencia. Del agenciamiento podemos hacer una cartografía.

Un agenciamiento es un estado de cosas en tanto está siendo. En todo agenciamiento colectivo de enunciación hay enunciados establecidos, organizados, que responden a preceptos más o menos implícitos. Esto no quiere decir que no pueda gestarse una enunciación rebelde, una fuerza tangente como potencia de desterritorialización. Incluso dentro de un mismo enunciado se juega un dinamismo molecular que lo transfigura. “Un grupo de enunciados, e incluso un solo enunciado, son lo siguiente: multiplicidades”.⁴ Una semiótica que analice el doble juego del significante y el significado formará parte de un régimen de signos signifiante, y tenderá a una enunciación dura, incluso despótica. En todo agenciamiento colectivo de enunciación se juegan regímenes de signos, pero éstos no son sólo significantes. La desterritorialización puede manifestarse como una máquina de guerra, una enunciación no signifiante sino más bien contra-signifiante. Los enunciados producidos por un régimen signifiante orbitan en torno a un centro de significancia, los de un régimen contra-signifiante tenderán a fugar de ese centro, lo que no significa que no puedan arribar a otro, ya que ningún régimen de signos es absoluto. La enunciación forma parte de un agenciamiento porque deviene, cambia.

Deleuze y Guattari supieron captar lo que la obra de Kafka dejaba a simple vista, pero que no parecía poder verse (los regímenes de visibilidad precedentes no constituían las condiciones de posibilidad para verlo). Repararon en que la enunciación no remite necesariamente a un sujeto de la enunciación y a un sujeto del enunciado. Semejante binariedad conduce el análisis a otros derroteros. “Los enunciados [...] tienden hacia la disposición de una enunciación colectiva [...], incluso si esta colectividad ya no, o todavía no, existe. No hay sujeto, sólo hay agenciamientos colectivos de enunciación”.⁵

En este sentido, no buscaremos de ningún modo una comparación entre el Papillon de la enunciación y el Papillon del enunciado. Más bien apuntaremos a reconocer a un Papillon-recluso, un Papillon-guardián, un Papillon-salvaje, un Papillon-maestro, entre otros devenires. Cuando hablamos de devenir, no queremos decir “ocupar un rol”, sino “agenciar un afecto”.

⁴ Deleuze, G.; op. cit., p. 39.

⁵ Deleuze, G. Y Guattari, F.; *Kafka, para una literatura menor*, Madrid, Editora Nacional, 2002, p. 29.

“A medida que alguien deviene, lo que él deviene cambia tanto como él mismo. Los devenires no son fenómenos de imitación, ni de asimilación, sino de doble captura, de evolución no paralela, de bodas entre dos reinos”.⁶

Y bien, el escenario es el presidio, lugar privilegiado para analizar la dinámica de los juegos de poder. Situándonos en un eje espacial, podemos reconocer los mecanismos de funcionamiento de lo que Foucault bautizó como una microfísica del poder, y cuyo desarrollo más acabado se encuentra en su libro *Vigilar y Castigar*. La distribución de los espacios y de los individuos, cada uno con un propósito y una razón de ser, atienden en mayor o menor grado a una serie de principios que giran en torno a la docilidad y a la no-docilidad de los cuerpos.

Ahora bien, el análisis sería muy pobre si nos contentáramos con la presentación de un cuadro estático de los paisajes del libro. Estaríamos dejando de lado el movimiento, que no puede desprenderse de una dimensión temporal (y no necesariamente cronológica).

Quizás lo más interesante de Papillon no sean las fugas que físicamente lleva a cabo, aun cuando parezcan increíbles e imposibles, sino más bien los procesos de fuga más profundos que se dan en él a un nivel inmanente. Atrapado en una máquina que tiene el propósito formal de “encauzar” a los individuos, de moldearlos, de adaptarlos a una organización sistemática, él nunca pierde su potencia de actuar. Hay una intensidad de su experiencia que desdibuja el espacio carcelario, lo desorganiza, de modo que cuando Papillon lo transita, en realidad él ya está muy lejos.

⁶ Zourabichvili, F.; *El vocabulario de Deleuze*, Buenos Aires, Atuel, 2007, p. 44.

1. Espacio

La Lógica Disciplinaria

Es muy tentador concebir al espacio como un receptáculo para la materia a priori. Durante siglos de tradición filosófica orbitamos en torno a variantes más o menos originales de esta concepción. Tanto es así que “el espacio” devino una categoría a partir de la cual dar forma a otros conceptos. Es por la fuerza misma de la lógica clásica; un principio sólo puede conducir a otro principio mediante una cadena lógico-racional que requiere evidencias y no acepta contradicciones. Cuando un principio es inamovible, lo llamamos un axioma.

Y ya podemos percibir la peligrosa idea de la línea, la ilusión de que un punto se extiende sólo en una dirección y un sentido hacia otro único punto, ya sea porque debía ser así o porque no podía ser de otra manera. La línea es una regla, en ella situamos las cosas en el lugar que les corresponde, con ella medimos. La racionalidad cartesiana opera desde líneas, éstas le dan un soporte a los cálculos y cuadriculan el espacio. Nos referimos por supuesto a líneas cuya cualidad es la rigidez.

Foucault nos hablará de las sociedades disciplinarias, uno de cuyos principios fundamentales es la ubicación de los individuos en el espacio. Si podemos hablar en esta instancia particular del individuo como sujeto, es porque sin duda está sujeto al espacio que ocupa y definido por él. El autor de *Vigilar y Castigar* analiza los mecanismos de una sociedad cuya mismísima forma de pensar al hombre está espacializada.⁷

No pretendemos continuar ensalzando los debates sobre la influencia de las ciencias duras sobre las llamadas ciencias del hombre. Supondría un desvío innecesario. Pero al tratar la cuestión del espacio, no podemos dejar de lado el papel de la geometría euclídea. Los espacios físicos, ya sean edificados o naturales, se interpretan y se aprovechan (y por supuesto, se diseñan) según determinadas características geométricas y, en última instancia, arquitectónicas, que permiten calcular sus efectos sobre los sujetos con mayor o menor grado de certeza. Así, argumenta Foucault, podemos interpretar los hospitales, las escuelas, los cuarteles y las prisiones. La geometría se pone, desde este enfoque, al servicio de la luz, del

⁷ No se trata de condenar la espacialización, sino de liberar otras formas de pensar y evitar reduccionismos. A este respecto, ver: Sabatini, H.; *Clase 30. Lo liso y lo estriado*, seminario en imagencristal.com.ar

orden y de la funcionalidad; palabras éstas poco inocentes, pues por momentos disimulan con mucha discreción que, antes que palabras, son valores muy arraigados.

Nuestras sociedades actuales son, sin lugar a dudas, distintas a las de siglos precedentes. Al aguzar un poco la mirada, sin embargo, percibimos rasgos peculiares; si bien actuales, poseen una virtualidad profunda (muy o poco profunda, no es la cantidad lo importante) que por momentos se cristaliza, es decir, se confunde con lo inmediatamente actual. Y en ese instante, el rostro de lo que vemos cambia. Podemos observar hoy las prisiones y pensar “nada ha cambiado.” En cuestión de días nos puede asaltar otra impresión. “No, todo es diferente, nada es igual.” Y es que no podemos ignorar una herencia de las sociedades disciplinarias que aun es palpable en nosotros⁸. Del mismo modo, y a un nivel no necesariamente consciente, todavía hoy estamos espacializados, aun somos en gran parte cartesianos. En parte, porque también se produce una ruptura.

El sujeto espacializado está rasgado, como los cuadros que Milan Kundera le hacía pintar a Sabina en *La Insoportable Levedad del Ser*, y deja ver otras dimensiones que lo atraviesan, que siempre lo atravesaron. Frente a los lugares que definen a un sujeto por su inserción en ellos, se eleva, haciendo cada vez más ruido, el murmullo de los lugares que no significan nada. Aquí no se trabaja, aquí no se reposa, aquí no se obedece. En suma, es cierta concepción del espacio lo que da la impresión de desgarrarse, como una vestimenta a la que los años le pasan la cuenta y la tela ya no resiste los roces. El concepto de no-lugar, acuñado por Marc Augé, es un acontecimiento en este sentido. No queremos reafirmar un paso de una modernidad a una posmodernidad, ni realizar segmentaciones de índole similar, es muy amplio. Pero sí queremos reparar un poco en ese concepto y su caracterización. Un no-lugar se define básicamente como un lugar de tránsito. Un lugar en el que no se está sino para llegar a otro lugar, o un lugar en el que, para empezar a invitar otra terminología, no nos territorializamos. Un no-lugar, a nuestro parecer, es el ambiente de la mezcla, de líneas que pueden aun ser duras, pero que están en movimiento. En un no-lugar se puede producir una dinámica muy fértil para el cambio, para los encuentros, y éste se nos antoja un aspecto que

⁸ Quizás deberíamos mencionar la denunciada “crisis” de las sociedades disciplinarias y el surgimiento paulatino de otros factores que han dado lugar a las sociedades de control, como el desplazamiento de los fenómenos de concentración (de riquezas, de hombres) por los de dispersión y circulación (lo que aún así lleva a nuevos tipos de concentración, como la concentración de capitales fiduciarios). “En las sociedades de disciplina siempre se estaba empezando de nuevo (de la escuela al cuartel, del cuartel a la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada”. Sin embargo, no profundizaremos en estas caracterizaciones, por considerar que exceden los objetivos que el estudio se propone. Sobre este tema: Deleuze, G.; *Posdata sobre las sociedades de control*, en Christian Ferrer (Comp.); *El lenguaje libertario*, Tº2, Ed. Nordan, Montevideo, 1991 – *L’Autre Journal*, nº1, mayo de 1990.

no está aun muy explorado y que es muy interesante. Es quizás el no-lugar lo que prima en la actualidad. Por supuesto, éste también puede reterritorializarse y devenir lugar.

¿Necesitamos encontrarnos en un mismo lugar para comunicarnos? La mediación de los cuerpos que se deleitan en la proximidad puede requerirlo. Acaso la comunicación que estamos acostumbrados a pensar también esté espacializada. Las comunicaciones a distancia desmienten esta idea a simple vista, pero cuando pensamos en un medio, constituimos un lugar. Y comunicar no es simplemente transmitir mensajes, es participar de un agenciamiento, y, por qué no, desafiarlo. Nos proponemos reflexionar, entre otras cosas, qué papel puede jugar la literatura en esta idea.

Son muchas las aristas desde las que podemos pensar el espacio, pero prometimos analizar la particularidad de un caso: Papillon y su paso por el presidio. Y para comenzar, nos gustaría observar cómo son los espacios en los que vive, qué tienen éstos de instituido, y de qué manera sus líneas atraviesan y comulgan con nuestro personaje.

“Escucho, sentado en la cama. Nada. El más absoluto silencio. De vez en cuando, un leve «tic» en la puerta. Es el vigilante que, calzado con zapatillas para no hacer ruido, viene a pegar el ojo en la mirilla que le permite verme sin que yo le perciba.

La máquina concebida por la República Francesa ha llegado a su segunda etapa. Funciona de maravilla puesto que, durante la primera, ha eliminado a un hombre que podía causarle molestias. Pero no basta. Ese hombre no debe morir demasiado deprisa, no debe escapársele por un suicidio. Se tiene necesidad de él. ¿Qué harían en la Administración penitenciaria si no hubiese presos? El ridículo. Así, pues, vigilémosle. Es menester que vaya a presidio, donde servirá para hacer que vivan otros funcionarios. El «tic» se oye de nuevo. Me sonrío.”⁹

Henri Charrière no imaginaba, al momento de escribir su primer libro, que sus reflexiones estarían tan en sintonía con las investigaciones de Michel Foucault en torno a las prisiones, materializadas en un libro apenas unos años después. Quizás el filósofo le haya dedicado algún pensamiento. Lo que describe Papillon en varias ocasiones es una vigilancia constante, y cuya constancia le permite dirigir su atención a los menores detalles de la vida de un hombre. La mirada es la protagonista de un juego de reglas y resultados múltiples, porque se puede mover en cualquier dirección. Si bien se intenta incorporarla a una estructura jerárquica, apoyándose en elementos que la subyuguen a una relación unilateral (como la

⁹ Charrière, H.; *Papillon*, Barcelona, RBA Editores, 1993, p. 22.

mirilla de la puerta), al final los vigilantes no escapan tampoco al juego de la vigilancia. Este juego reticula los espacios minuciosamente: a cada quien su lugar, a cada lugar una función. En otras palabras, determina posiciones. Sólo un espacio clara y distintamente organizado permite concebir la posición. En una variedad de instancias y circunstancias, y de distintos modos, desde una posición se puede observar (con la mirada o a través de otra cosa) a las que están por debajo y por encima, así como también a las laterales. Sí, la mirada no juega sola, juega con todo el cuerpo. Estos espacios así estructurados se dejan regir por una dualidad, la de ver / ser visto.

Guiándonos según la lógica aplicada al diseño de estos espacios, no podríamos más que llegar a otra dualidad, la de luz/oscuridad. En efecto, el principio rector del panóptico de Bentham era el aprovechamiento estratégico de la luz. Claro que el modelo puro, irónicamente, no vio la luz y fue relegado para permanecer en la imaginación de su autor. La herencia del panóptico constituye el cálculo de los efectos que una arquitectura determinada reportará para la administración de determinada cantidad de individuos. Pero la oscuridad también sirve a diversos propósitos. “Despierto dos pisos más abajo, completamente desnudo, en un calabozo inundado de agua [...] Aquí no es de día ni de noche, no hay luz”.¹⁰ Es el modelo del calabozo que subsiste a pesar del ideal panóptico.¹¹ Entre la figura del monstruo que debe ocultarse a las miradas y el espectáculo sanguinolento de los suplicios vibran líneas que se flexibilizarán y se compondrán en nuevas formas de castigo. Papillon, en pleno siglo XX, no sólo experimentó los calabozos y la reclusión, sino también la exposición.¹²

“Los chinos inventaron la gota de agua que te va cayendo, una a una, sobre la cabeza. En cuando a los franceses, han inventado el silencio”.¹³ El silencio posee un carácter ambiguo en la novela. En ocasiones es comparado con una tortura, provocando en su víctima no laceraciones físicas sino un creciente hormigueo de desesperación. Pero asimismo es la condición de posibilidad de una suspensión del ánimo que será clave para que Papillon pueda desestructurar el espacio e incluso el tiempo que lo aíslan. Volveremos sobre ello. Un lugar del que se dice que está saturado bien puede figurarse como un espacio lleno de elementos hasta la sobrecarga y en el cual el ruido abunda. Los espacios disciplinarios cambiarán el signo a la saturación. El orden y la quietud tenderán a permearlos por completo, son valores

¹⁰ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 32.

¹¹ Foucault, M; *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009, p. 232.

¹² “Nuestra celda está en medio del patio. Por lo demás, no es una celda, sino una jaula: un techo de cemento que descansa sobre gruesos barrotes de hierro con los retretes y los lavabos en uno de los ángulos. Los otros presos, un centenar, están repartidos en celdas abiertas en los cuatro muros de ese patio de veinte por cuarenta, por una reja que da al patio. [...] En esa jaula central sólo estamos nosotros, los franceses, expuestos día y noche a las miradas de los presos, pero, sobre todo, de los guardianes”. Charrière, H; *Papillon*, op. cit., p. 194.

¹³ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 26.

de un sistema cuya máxima es otro valor: la obediencia. “Silencio obligatorio en todo momento [...] O se obedece o se revienta”.¹⁴ El incumplimiento de la norma conlleva severos castigos.

Como contravalor, la desobediencia tiene diversos semblantes. Por muy rígidos, reticulados y controlados que sean los espacios, siempre existe un modo original de apropiarse de ellos. Y cuando no existe, se lo inventa. Las murallas más resistentes pueden agrietarse, aunque los intersticios sean microscópicos. Ahí radica, de hecho, su mayor ventaja estratégica. Mientras más discreta e imperceptible sea la grieta, el éxito de su permanencia es más seguro. Sin embargo, la desobediencia no es como una mancha que permanece, es una acción que flexibiliza lo instituido. Una serie de golpes en los muros calculados para ser discretos pero perfectamente oídos entre los presos (a esto se le llama “telefonear”). Dega es un personaje muy interesante en lo que se refiere a agrietar las murallas disciplinarias. Ya en los primeros capítulos lo vemos en acción, cuando le envía piojos en una cajita a Papillon, de modo que pudieran verse y hablar en la desinfección. A veces los vigilantes, guardianes u otro tipo de personajes participan como intermediarios de estas comunicaciones furtivas, subrepticias; siempre y cuando puedan obtener de ello un beneficio. El retrete es escenario de diversos intercambios: verbales, pecuniarios, sexuales. Es el lugar más seguro (siempre y cuando no se sea asesinado por otro recluso) para retirar el estuche cilíndrico con dinero que los presos se introducen en el intestino y con el cual presionan más fuerte para hacer una muesca en las grietas de la disciplina.

Partimos de una cita en la que Papillon reconocía la primera etapa del proceso de castigo: eliminar a un individuo de la sociedad para que no ocasione molestias. ¿Pero qué ocurre con esa multiplicidad de hombres que son hechos a un lado? Quizás hablar de eliminación, en un sentido literal, sea demasiado. Más bien podríamos decir que se inserta a esos individuos en un nuevo espacio, el espacio de lo criminal. No para rectificarlos, sin embargo, como las reformas de las prisiones lo pretendieran, sino para administrarlos. Los ilegalismos no se suprimen, se administran en un espacio que los tolera en cierta medida, que los hace funcionales.¹⁵

En efecto, el cuerpo está inmerso en un campo político (y además, económico) que exige de él una serie de signos. La utilidad, la eficacia, el orden, son centros de significancia en torno de los cuales se extiende toda una semiosis disciplinaria. Lo que abunda en la configuración de estos espacios que describimos es un régimen signifiante en el que cada

¹⁴ Idem, p. 29.

¹⁵ Foucault, M; op. cit., parte IV, capítulo 9, “Ilegalismos y delincuencia”.

signo remite a otro signo. Los discursos que invocan una razón de ser humanista de la prisión ignoran u ocultan la dinámica de los agenciamientos que de hecho se efectúan en ella. Dicho de otro modo, coexisten dos semióticas (ambas significantes). Una de ellas fabrica una utopía que encuentra su hogar en documentos formalmente escritos y proyectos políticos archivados. La otra interactúa con los agenciamientos maquínicos de cuerpo que se producen en la prisión.

Estos agenciamientos no se encuentran, empero, al margen de un registro de escritura. Minuciosos reglamentos precisan quién debe estar en qué lugar y qué debe estar haciendo. Las inspecciones son puntillosas y traducen la observación de los espacios en informes lo más descriptivos posibles (no olvidemos que se trata en este punto de signos, y estos signos sirven a una caracterización de los lugares y sus ocupantes). Se tiende a observar los más mínimos detalles que puedan ser significativos. Ahora bien, en el presidio se encuentran aquellos que se denominan infractores de la ley (en teoría al menos, ya que veremos en el próximo capítulo otra categoría de exclusión). ¿Y qué puede, entonces, infringir alguien que ya se encuentra dentro de la instancia penitenciaria? Normas de conducta. Lo infinitamente pequeño del poder político (especificidad de la policía) converge en una infrapenalidad, la cual consiste en el reticulado de un espacio que las leyes dejan vacío. Un gesto indecoroso puede ser motivo de castigo.

Pero no nos desviemos de nuestro tema central: la distribución de los individuos en el espacio a fin de administrarlos. “Nos abren la puerta y entramos en una sala rectangular de veinte metros aproximadamente. En medio, un pasillo de dos metros de ancho; a derecha e izquierda, una barra de hierro que va de un extremo a otro de la sala [...] Voy al fondo de la sala: a la derecha, las duchas; a la izquierda, los retretes, sin agua corriente”.¹⁶ Siguiendo nuevamente a Foucault, los hombres (en este caso presidiarios) se distribuyen según una serie de principios. No deberíamos olvidar en estas páginas que siempre nos referimos a características de la llamada sociedad disciplinaria, que Foucault estudió en profundidad períodos anteriores al siglo XX y que la novela que nos ocupa se desarrolla mayormente durante la década de 1930.

Los hombres son encerrados en un espacio que debe ser homogéneo en sí mismo, pero heterogéneo a todos los demás. Un gran recinto que puede albergar a muchos. Es el principio de clausura. Dentro de estas barracas (en especial en el caso de las islas)¹⁷ los presidiarios

¹⁶ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p.57-

¹⁷ Las Islas de la Salvación son tres islas (Royale, San José y Del Diablo) que se encuentran a pocos kilómetros de la costa de la Guayana Francesa y que funcionaban como parte del sistema penitenciario. Ver anexos.

viven en la mezcla, a pesar del ideal disciplinario del orden. En ese ambiente de convivencia proliferan el ocio, el sexo y los asesinatos (muchas veces por riñas de juegos o para quedarse con el estuche de dinero del finado). Aun así, el tener a los hombres agrupados de este modo permite a la Administración penitenciaria pasar revista de su población. Nuevamente vemos escenarios que se forman en un cruce de líneas que se extienden desde los modelos que Foucault describió en su obra: el de la lepra y el de la peste. En el primero, la exclusión total. Vemos el ejemplo explícito en la Isla de las Palomas¹⁸, en donde los leprosos viven en su propia comunidad, sin contacto legal con nadie más. Claro que el modelo también es aplicable a otro tipo de exclusión, de ahí que sus líneas puedan hacer rizoma con una variedad de situaciones e individuos. En el segundo modelo, tenemos un aislamiento controlado y ordenado, cada individuo debe poder ser identificado y localizado, colocado junto a los que son como él (su familia, los que padecen la misma enfermedad, o los criminales igualmente peligrosos). No olvidamos la limitación de estos modelos puros: parten de divisiones binarias. El apestado, el sano. El normal, el excluido. El mismo principio de clausura es binario: se está dentro o se está fuera. Es por eso que debemos seguir avanzando sobre los principios que lo complementan.

“El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos haya que repartir”.¹⁹ Según este principio de localización elemental, a cada individuo le corresponde un compartimiento. El principio funciona incluso si esos compartimientos son ideales y prescinden de barreras físicas, lo que resulta en una concepción del espacio de carácter analítica, y es el espacio específico del modelo de la sociedad disciplinaria. Es decir, no necesitamos ser encarcelados, ya que desde esta visión todos tenemos nuestro lugar en la sociedad, y en él somos localizados. Es éste sin lugar a dudas un aspecto que las sociedades de control heredaron de buen grado. Pero en su manifestación más material, la forma del principio es la celda, unidad básica de las prisiones. Algunas son individuales, como las que Papillon ocupa en Beaulieu, a la espera de ser deportado; o en la Reclusión de San José, en donde, en medio del silencio y la oscuridad más absolutos, espera a que se purgue su pena y pueda salir de esa “prisión dentro de otra prisión”. Otras pueden albergar a un puñado de hombres, como la celda de la prisión de Río Hacha en Colombia, a la que arriban Papillon y sus compañeros Clousiot y Maturette, dando inicio al fracaso de su

¹⁸ Se trata de una pequeña isla en medio del río Maroni, a la cual Papillon acude para conseguir una buena embarcación con la cual hacerse a la mar durante su primera fuga. Los leprosos que allí vivían subsistían gracias al contrabando.

¹⁹ Foucault, M.; op. cit., p. 166.

primera fuga. De modo que tenemos espacios que no sólo se dividen en zonas, sino que éstas zonas se imbrican mutuamente.

El lugar que cada preso ocupa se inserta a su vez en un campo de registro estricto y rígido. Ningún detalle se deja de lado. Cuando por una reyerta de juegos uno de los hombres de la chabola²⁰ de Papillon fue asesinado, Grandet no se hizo esperar y vengó la muerte de su amigo matando a dos integrantes de la otra chabola. Aunque no se pudo comprobar que Grandet de hecho había asestado las puñaladas, sí se sospechaba que su cuchillo había sido utilizado, por lo que se lo separó prolijamente y se lo archivó. Si un condenado era dado a muerte por algún motivo, el arma homicida se guardaba con una etiqueta indicando que había servido para matar a tal. No podemos más que imaginar la mitología de semejante colección. De lo que se trata, sin embargo, es de saber quiénes se hallan presentes en dónde y quiénes faltan. Estos controles diarios desembocan ocasionalmente en todo un trastorno del ritmo de vida en las islas del presidio cuando se descubre que un hombre ha logrado fugarse. Los espacios celulares de las disciplinas se conciben para estar llenos, y, caso contrario, su desocupación exige una explicación.

Aun contra sus cuidadosos mecanismos pensados para ser eficientes, hay algo que a las disciplinas les cuesta asir, y es el control de la comunicación. Los presos son coaccionados a un código de conducta verbal y gestual, e incluso al silencio, pero nunca pierden la capacidad de producir un murmullo que se escurre entre los controles demasiado estructurados. Ese murmullo, de alguna manera, es todo para los reclusos, gracias a él pueden actuar, porque así se sobreponen al aislamiento.²¹ Incluso en las duras celdas de la Reclusión, Papillon recibía (por medio del barrendero) notas que le permitían pedirle favores a sus amigos que ocupaban un cargo administrativo en las islas (los presos formaban su propia comunidad y cada uno tenía un trabajo asignado). La Administración no logra ahogar esas comunicaciones que catalogarían quizás como “inútiles”, ya que no asisten al propósito de asentar a los hombres en la sumisión. Por supuesto que, también, un exceso de voz conlleva un precio para el prisionero que es descubierto.

Se produce una paradoja en cuanto al valor de cada individuo. La cualidad de indócil lo sitúa bien entre los hombres del hampa, los compañeros de confinamiento. Se es indócil cuando se es bravo, rebelde, valiente; cuando se le demuestra asco a “la bofia”. Pero se debe

²⁰ El término hace referencia a los grupos de amistad que se formaban dentro de las barracas de prisioneros, a modo de clanes. Los miembros de una chabola eran solidarios entre sí, compartían el alimento, beneficios de los empleos que a título individual ejercía cada uno, y se protegían mutuamente de posibles ataques o hurtos por parte de otros convictos o de otras chabolas.

²¹ De lo contrario, el efecto sería un anillo férreo de terror que elimina todo espacio entre los individuos, tal como lo describe Hannah Arendt en *Los Orígenes del Totalitarismo*.

ser lo suficientemente dócil, al mismo tiempo, para sobrevivir y estar de buenas con los guardianes. Es la paradoja del sujeto peligroso. La disciplina se quiebra frente a esta situación, porque no puede recodificar las paradojas. El caso es evidente en las islas Royale y San José, en las cuales Papillon llega a establecer una relación en cierto grado estrecha con los comandantes de las islas y sus esposas. Las disciplinas pretenden medir las cualidades de los individuos, sancionarlos cuantitativamente; corolario esperable de una lógica espacializada. Pero un hombre no puede ocupar dos casilleros en simultáneo, ser dócil e indócil a la vez, no puede situarse en ambos extremos de la escala en la que se lo trata de encajar. A menos, claro está, que este hombre remarcable supere la amplitud de esa escala, y entonces ya no hay cuantificación posible. Ir más allá de lo humano, de lo humanamente establecido. El superhombre de Nietzsche es el pivote que abre el paso a una transmutación de valores. Pero volveremos sobre este tema más adelante.

La clausura de los espacios y su reticulado celular aun no explican la lógica disciplinaria. Cada lugar debe tener un sentido, debe constituirse como un espacio útil. Continuada la primacía de los regímenes significantes, en cada lugar se pueden reconocer signos que refieren a su propósito. Pero no es este aspecto semántico el que nos interesa de ellos, sino su aspecto más pragmático. En otras palabras, la función que estos espacios cumplen en articular una relación entre los individuos. Una relación de poder, por supuesto, relaciones de fuerza. Son el tablero de un juego que podríamos caracterizar como la física de un poder relacional y múltiple. Foucault analizaba el semblante de signos en el cuerpo que daban cuenta de la formación disciplinaria; en este punto nos gustaría efectuar un viraje y enfocarnos en la proposición de que el poder no es un quantum detentado, sino un indeterminable que fluctúa específicamente en la relación entre dos o más términos, nunca en los términos mismos. Dega ocupa un importante cargo administrativo en la penitenciaría de las Islas, pero eso sólo lo hace poderoso *en relación* con los comandantes y con sus compañeros reclusos, y en la medida en que todos ellos conviven en el mismo tablero de juego.

Es en este contexto que podemos referirnos a la existencia de posiciones centrales y periféricas y a su conquista, es decir, a la situación de los individuos en un rango o una jerarquía. En efecto, bajo esta lógica espacial, la idiosincrasia particular de cada uno adquiere un carácter secundario frente al hecho de ocupar un lugar en una serie, teniendo como primordial método de diferenciación la distancia que lo separa de otro punto en la misma serie, ocupado por otro(s) sujeto(s). Las disciplinas configuran así un espacio de tipo serial, cuya razón de ser es la clasificación de los individuos. Debemos entender que no se trata de

un orden establecido por la arbitrariedad de una autoridad superior, sino que es éste el producto directo de un poder relacional como el que intentamos describir. Los mismos presos adhieren a su clasificación de “individuo peligroso”, o de recluso B o C, categorías que llegan a traducirse como la representación de ciertos honores, riesgos y ventajas. En sintonía con el funcionamiento lúdico de los sistemas disciplinarios, es posible perder y ganar posiciones, la pérdida del rango o la conquista de un escalón jerárquico más elevado mediante los mecanismos de recompensa y sanción. “Usted puede intentar una fuga, Papillon, si promete que lo hará cuando termine mi cargo y me haya ido”, es, en resumidas cuentas, lo que el comandante de las Islas le transmitió a nuestro protagonista. Una fuga exitosa de las Islas trae como consecuencia un castigo (una deposición de rango) para las autoridades responsables. Papillon no ocupa, durante su estadía en la penitenciaría, cargos de importancia. Es, en cambio, su relación con Dega, su relación con los comandantes, lo que le permite gozar de ciertos efectos de poder. Otra de las tantas grietas que las idealmente rígidas disciplinas tienen. Las líneas duras que dibujan la pirámide jerárquica pueden flexibilizarse mediante la mezcla de los individuos, como resultado de encuentros particulares.

En su concepción ideal, las disciplinas no admiten que los encuentros entre individuos estén librados al azar. Las multiplicidades deben tener un orden asignado y de ese modo neutralizar su carácter caótico. Es a este orden al que Foucault se refiere como “cuadros vivos”, individuos movientes asidos por un orden estático. De ninguna otra manera sería concebible la empresa de calcular y multiplicar (o dividir, en caso de ser necesario) los efectos que estas máquinas multisegmentarias que son las disciplinas producen en los individuos. La obediencia y el orden son los primeros efectos deseables a multiplicar y maximizar. Mediante la señalización, se intenta bloquear la posibilidad de lo nuevo, todo debe ser calculable. Para esta máquina disciplinaria, el presidio, es menester que todos los hombres se asemejen en principio (no en posición), ya que el espacio en que se opera con ellos es homogéneo. La homogeneidad espacial homogeneiza una masa heterogénea de individuos. Queda por ver, y Papillon nos lo demostrará, de qué manera este espacio puede desdibujarse.

Queda por ver, también, cuáles son las condiciones de posibilidad para una experiencia del tiempo en el presidio, y para eso creemos necesario un paso previo: exonerarlo del espacio. La espacialización, por ende, la medida, la proyección, la representación, tiene como consecuencia la ilusión de prever el futuro, o al menos de tener la capacidad de anticiparse a él. El tiempo se mide numéricamente, se proyecta en segmentos, se representa en una línea. Papillon se refiere a su condena como “el camino de la podredumbre”, como un destino lineal que está planificado y cuyo desenlace fatal se cierne

sobre él como la noche. Es cuestión de tiempo. Y será ese futuro el que intentará cambiar con todas sus fuerzas, e incluso con fuerzas que no son las suyas.

“Un, dos, tres, cuatro, cinco, media vuelta [...], enseguida he cogido el ritmo de la péndola; con la cabeza gacha, ambas manos a la espalda, la distancia de los pasos exactamente medida, como un péndulo que oscila, voy y vuelvo interminablemente, como un sonámbulo. Cuando llego al final de cada cinco pasos, ni siquiera veo la pared, la rozo al dar media vuelta, incansablemente, en este maratón que no tiene llegada ni tiempo determinado para terminar”.²²

Por último, queda pendiente la noción de criminal. ¿Qué es un delincuente? La aparente necesidad de un mecanismo como el carcelario nos puede conducir a pensar que se trata de un sujeto inadaptado y reacio a la disciplina social. En cierto nivel de análisis, quizás lo sea. Pero Foucault ya nos había llamado a la atención al hecho de que la prisión no rectifica el crimen, más bien lo administra. ¿Puede plantearse un tipo de disciplina que armonice con “lo criminal”? Los delincuentes también están insertos en un espacio disciplinario, es característico de su sociedad, ¿o están acaso divorciados de ella? Creemos que un individuo está necesariamente atravesado por los agenciamientos que caracterizan a la sociedad a la que pertenece. Son ciertos agenciamientos maquínicos de cuerpos y ciertos agenciamientos colectivos de enunciación los que organizan una comunidad humana tamizada por la disciplina. Papillon no puede más que ser afectado por una institución social que lo envuelve con tanta tenacidad, pero es igualmente tenaz el afecto de sí por sí (siguiendo los desarrollos teóricos de Deleuze) del que Papillon es a la vez víctima y victimario. Por momentos este afecto no supera la reproducción de esquemas de conducta duros, y otras veces es un verdadero motor para la producción de lo nuevo. Podríamos decir que lo que cambia entre individuos igualmente disciplinados sea el sentido con que cada uno vive esa disciplina, pero quizás sea más certero sugerir que, desde el mismo aparato disciplinario, la varianza se produce según distintos modos de desear y de fugar.

“El que está sometido a un campo de visibilidad, y que sabe que lo está, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las pone en juego espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento”.²³ Pero en Papillon vemos un fenómeno de autodisciplina aun en momentos en que no se encuentra expuesto en un campo de visibilidad (situación que quizás sólo era posible por las particulares características del

²² Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 241.

²³ Foucault, M.; op. cit., p. 235.

presidio colonial francés). En las celdas de la Reclusión, sus “caminatas” dentro del reducido espacio, con los pasos y los tiempos perfectamente medidos, eran calculadas para optimizar su estado físico, mantenerse en buena salud y administrar sus energías para diversos propósitos, según el régimen alimenticio que, tras las severas raciones de la Administración Penitenciaria, era nuevamente racionado por Papillon. Durante su estadía en las Islas, mientras se dedicaba a la pesca como actividad extra oficial (cumplía con su trabajo como pocero, y con la pesca no sólo conseguía alimento alternativo, sino que negociaba con las mujeres de los comandantes y hacía reconocimiento del territorio de la isla buscando buenos lugares) o mientras reflexionaba sobre su huida (en la Isla del Diablo), hacía cuerpo con las olas, cuyo empuje servía, a su parecer, para fortalecerle las pantorrillas. No hay, para él, un solo instante que deba ser desperdiciado, un solo lugar del que no pueda potencialmente sacar provecho. Lo interesante de su disciplina es que no se rige enteramente en valores ajenos, sino que la pone al servicio de los suyos propios.

2. Tiempo

La Imprevisibilidad del Pasado

Supongamos una línea de tiempo tal que avance en un único sentido, sin posibilidad de volver atrás. En esta línea, infinidad de cortes pueden hacerse con el fin de delimitar segmentos, a través de los cuales analizar un período de tiempo y los sucesos que durante él hayan acontecido. No es difícil, es el tiempo cronológico al que estamos acostumbrados. El pasado explica el presente, pues se trata del origen (siempre mediato, nunca demasiado lejano) de la línea. El pasado y el presente en conjunto, llevados por la tentación, se lanzan en la empresa de inducir el futuro. A través de paralelas y cruces angulares, la línea se reserva una potencial multiplicidad virtual, ya sea la de un pasado multi-causal o el de una infinidad de porvenires posibles.

No conocemos un tiempo (o mejor dicho, un modo del tiempo) más sencillo de plasmar en un gráfico, en un espacio euclideo, ya que se trata del tiempo que la modernidad, de la mano de sus esquemas cognitivos, ha sabido conquistar y dominar. Es un tiempo que manejamos con tal grado de soltura que no tenemos inconvenientes en concebir una serie de hechos sucedidos en “el espacio de una hora”.

“Hay dos caras de la experiencia en Bergson, la de la inteligencia, vasto plano superficial donde todo se despliega horizontalmente en el espacio, según la lógica de la representación. Y la cara de la intuición o de la emoción profunda, un mundo vertical donde todo se organiza en profundidad, según una pluralidad de niveles a veces inferiores, a veces superiores al de la inteligencia, pero siempre paralelos a él, operando según un tiempo y una lógica de otra naturaleza”.²⁴ Si invocamos a Bergson, es porque su esfuerzo filosófico en pensar el tiempo nos parece clave para una liberación del tiempo de lo estrictamente espacial, un esfuerzo para “pensar el fluir independientemente de las cosas que fluyen”.²⁵ Se trata de un tiempo no medible, pero aun reminiscente del tiempo como número del movimiento, ya que no se desliga de éste, sólo que es un número oscuro, indeterminable. Este movimiento es la duración, una vibración que se agita en las emociones profundas. Ya no hablamos de una sucesión lineal desde un pasado, anclada en el momento presente y que se proyecta en un

²⁴ Lapoujade, D.; *Potencias del tiempo. Versiones de Bergson*, Buenos Aires, Cactus, 2011, p. 8.

²⁵ Idem, p. 9.

futuro; más bien concebimos una temporalidad en que pasado y presente se confunden en el mismo movimiento de la duración, y desde cuya profundidad no podemos vislumbrar un futuro ya que éste, en su lugar, nos deslumbra en la producción de lo nuevo.

Bergson repara tanto en lo que hay de similar como en lo que hay de diferente entre la metafísica antigua y la física moderna. La primera estudia instantes privilegiados que dan cuenta de la esencia inmutable de las cosas, el tiempo no es más que una degradación de la eternidad; la segunda, en cambio, estudia los instantes cualquiera y puede, mediante la sucesión de ellos, reconstruir el transcurso temporal. La similitud radica en que ambas son presa de la ilusión de entender el movimiento a través de inmovilidades. “La naturaleza indivisible y heterogénea del movimiento destina al fracaso a toda tentativa de reconstituirlo con posiciones en el espacio y con instantes en el tiempo [...], lo que se obtiene con este procedimiento es, por un lado, una sucesión de posiciones inmóviles y, por otro, un tiempo homogéneo y abstracto, un tiempo espacializado”.²⁶

Tenemos entonces, hasta aquí, dos concepciones del tiempo bien distintas. Cronos es ese tiempo medible, cuantitativo, una sucesión lineal de instantes yuxtapuestos en el espacio. Dado que la línea puede proyectarse, la ilusión de anticipar el futuro, con mayor o menor grado de certeza, es jurisdicción de Cronos. El curso del tiempo cronológico, al igual que el espacio, es divisible en tantos segmentos o períodos como se quiera. Aión, por otro lado, nada sabe del futuro porque sólo lo espera con ojos velados. “En efecto, quien busque el infinito, que cierre los ojos”.²⁷ Todo un infinito se escurre entre los instantes que Cronos pueda determinar como más próximos, ese infinito es Aión. Aión vibra en la duración de las cosas, en su continuidad inaprehensible. El movimiento de Aión no es representable, pero si por un capricho quisiéramos intentarlo, podríamos pensarlo no como una línea horizontal, sino como un cono invertido (Bergson ya lo había propuesto) cuyo eje vertical se dirige al encuentro de una espiral descendente en un punto donde pasado y presente se vuelven indiscernibles y que nunca alcanza suficiente profundidad, nunca se detiene por sí mismo.

Podemos sugerir, en este punto, un tercer modo del tiempo complementario de los anteriores dos, tan sutil como olvidado. Kairós es el tiempo del acto en el que devenimos futuro, en el particular sentido de modificar el ritmo y la dirección de la espiral de Aión. Se trata de la voluntad de tomar una oportunidad fugaz, única e irrepetible, que hace virar el destino, usando esta palabra con mucha cautela por los malentendidos que puede suscitar. Y es que no hay un destino dado de antemano sino uno que se construye sobre la marcha,

²⁶ Marrati, P.; *Gilles Deleuze: Cine y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 18.

²⁷ Kundera, M.; *La Insoportable Levedad del Ser*, Barcelona, RBA Editores, 1993, p. 97.

impulsado por el destello de una supernova que es Kairós. Cronos es un tiempo finito y determinado en todos sus puntos, Aión es el movimiento que se abre al infinito, y Kairós es la acción indeterminada que no interrumpe el movimiento de la duración pero que violenta sus vibraciones. Aión posibilita la invención de lo nuevo, Kairós es la producción misma de lo nuevo, es el tiempo del acontecimiento. Son dos tiempos de cambio cualitativo, opuestos en sentido y complementarios uno de otro.

Ahora bien, Bergson no es el único pensador del tiempo cuyas nociones sirven al esquizoanálisis. Sin duda se produce un choque filosófico entre Kant y el aparato conceptual deleuzeano, pero diríamos que ese choque fricciona más en cuanto a que las categorías kantianas son una forma de representación, concepto que, como sabemos, Deleuze critica formidablemente. En cuanto a las formas puras del espacio y el tiempo, por otro lado, en tanto que son formas de presentación, no de representación, podemos quizá percibir una continuidad muy interesante con el pensador de la modernidad.

El tiempo como duración tal como lo concibe Bergson se independiza del espacio, pero no así del movimiento. Liberar al tiempo del movimiento es precisamente el logro que Deleuze le atribuye a Kant²⁸, y es un viraje completo, ya que luego será el movimiento el que esté subordinado al tiempo. La contradicción de Kant en Deleuze es que los fenómenos que se presentan en el tiempo y en el espacio estarían duplicados en el pensamiento, pero esto sólo es así si nos guiamos por una concepción de la razón cognoscente iluminista, y será Bergson quien nos salve de este desvío al plantear la conciencia como una imagen más (aunque particularmente opaca) entre otras en lugar de como una luz que saque a las cosas de las tinieblas.

El sujeto trascendental está atravesado por la línea del tiempo. Pero aquí no es el tiempo como línea el que nos interesa, sino el tiempo como auto-afección, como forma de interioridad, para hablar con Kant. Presentamos tres modalidades del tiempo, cada una de las cuales podrá tener sus modos, pero no es nuestro tema. Las tres modalidades son Cronos, Aión y Kairós. Cronos es el tiempo subyugado a la exterioridad, instantes sucesivos, partes extra partes. Aión es la experiencia inmanente del tiempo, el afecto de sí por sí. Kairós es el instante fugaz e imprevisible que introduce un después a la duración pero no a fuerza de cuantificarla sino provocando una alteración en su ritmo, como una detonación. La diferencia radical de Kairós con Aión es que el primero puede no vivirse, ya que no es inexorable, es

²⁸ Deleuze, G.; *Kant y el Tiempo*, Buenos Aires, Cactus, 2008.

más bien contingente y su actualización en la duración dependerá de un acto de voluntad fortuito.

Podemos ahora avanzar en el análisis de una experiencia del tiempo en situaciones concretas.

“Con tres o más condenas, un hombre puede ser relegado. Es cierto que todos son ladrones incorregibles y se comprende que la sociedad debe defenderse de ellos. Sin embargo, es vergonzoso para un pueblo civilizado tener la pena accesoria de relegación. [...] Ahí está el mayor contrasentido de la civilización francesa. Un pueblo no tiene derecho a vengarse ni a eliminar de una forma demasiado rápida a las personas que causan molestias a la sociedad. Estas personas son más merecedoras de cuidados que de un castigo inhumano”.²⁹

Leemos este fragmento de Charrière y el eco se prolonga hasta la obra de Enrique Eduardo Marí, en la cual reconoce dos tradiciones teóricas divergentes en cuanto al castigo y su razón de ser: la utilitarista (de cuyos preceptos Bentham es fiel exponente) y la retribucionista.³⁰ ¿Es el castigo la reparación de un mal? La idea tiene mucho de ilusorio. En primer lugar, Marí retoma a Bentham cuando éste llama a la atención sobre el hecho de que todo castigo es en sí mismo un mal. Estaríamos proponiendo, por consiguiente, un mal para subsanar otro mal. El utilitarista justificará el castigo cuando éste represente el mal menor. Pero además tenemos dos limitaciones: la representabilidad del castigo, cuya idea debería presentarse en la mente del criminal como una desventaja superadora de las ventajas que pueda rendirle el delito, por tanto, disuadiéndolo de cometerlo; y por otro lado, el acto de reparación implica un a posteriori al acto delictivo, el castigo no sería más que una fuerza reactiva, en términos de Nietzsche.

El ideal utilitarista es la felicidad de la comunidad, y con miras a él se excluye todo lo que conspire contra esa felicidad; en la práctica, una cantidad de individuos son eliminados de la sociedad. “En el camino de la podredumbre desaparece, cada dos años, el ochenta por ciento de su población”³¹, en este caso la eliminación acaba por ser total. Se perfila claramente la primacía de un resultado retribucionista, es decir, la revancha ajusticiante por parte de la sociedad contra un individuo que la ha insultado. La tesis contraria sostendría que debe apuntarse a la reforma del individuo, de ser posible a la perpetuación de un bien tanto para la sociedad como para el individuo objeto de castigo. De hecho, en la presentación de la

²⁹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 43.

³⁰ Marí, E.E.; *La Problemática del Castigo. El discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault*, Buenos Aires, Hachette, 1983.

³¹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 250.

sentencia se declara que Papillon sea enviado a presidio “en su propio interés”. Adelantemos la moraleja de un cuento que podría ser mucho más largo y notemos que la teoría (en particular la teoría utilitarista y la de las reformas de las prisiones) no encuentra asidero en la práctica, más bien una recurrente contradicción, tal es el riesgo de intentar auspiciar nupcias entre la lógica de un ideal y el desarrollo de los acontecimientos.

Volvamos ahora a nuestras limitaciones. La retribución pura castiga un hecho del pasado, pero la enmienda castiga con el porvenir en mente, valorando las consecuencias benéficas que pudieran resultar del castigo. No nos proponemos bosquejar nuevas posturas en torno a la problemática del castigo, no es el objeto de nuestro estudio. Sin duda es un tema interesante que no pierde actualidad, pero nos llevaría a enfocarnos no sólo en las sociedades disciplinarias, sino en las características de las sociedades de control, un rodeo que de momento no nos aporta. Notemos, en cambio, cómo una de las tesis (la retribución) opera con un pasado estanco, aislado, y cómo la otra se representa un futuro calculando las penas en función de una posible repetición del crimen. Nos hacemos una idea de qué formas de pensar el tiempo subsisten en ellas, y de los posibles papeles de la cuantificación.

Para que una pena pueda resultar útil, es necesario que tenga un término estipulado, ya que observábamos la premisa de un individuo que se reformaba o expiaba su falta; una vez cumplidas esas instancias, ¿qué sentido tendría la continuación de una pena? ¿No devendría un continuo e injustificado sufrimiento? “La duración de la pena sólo tiene sentido en relación con una corrección posible y con una utilización económica de los criminales corregidos”.³² Desde esta perspectiva sólo podemos asombrarnos de las condenas a perpetuidad. Si no hay una medida de tiempo suficiente tal que el individuo se corrija, no podemos concluir más que es incorregible. Una condena que no alcanza la pena de muerte, que no suprime la vida, pero es a perpetuidad, toma esa vida y la hace insoportable hasta sus últimos momentos. No es de extrañarse entonces que Charrière, si bien su motivación es inusual, no tenga otro horizonte posible más que el de la evasión. Recordemos la broma de Papillon tras su primera fuga, habiendo sentido que burlaba la perpetuidad: “Señor presidente, ¿cuánto duran los trabajos forzados a perpetuidad en Francia?”³³ Ladrones incorregibles, eliminación de la sociedad. Parecemos arribar a un callejón sin salida, haremos bien entonces en retroceder unos pasos.

Determinar cuánto debe durar una pena, y más aún, definir en qué momento se alcanza el deseado punto de la corrección, es algo que sólo puede hacerse de la mano de Cronos, y, aun así, ¿con qué certeza? Cuando el poder disciplinario se articula sobre el tiempo, intenta

³² Foucault, M.; op. cit., p. 143.

³³ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 71.

fiscalizar la duración. Su condición para operar es que el tiempo sea no sólo medible y sumable, sino específicamente acumulable, se trata de una capitalización. El tiempo se divide en segmentos, sucesiones, términos, series. Al término de la condena, el condenado debería estar en condiciones de reinsertarse en la sociedad. Dentro de la propia condena hay una diversidad de segmentos a cuyos términos se considera la obtención de un logro, la concreción de una etapa en la rehabilitación de la conducta del recluso. Foucault tiene un nombre para estos procesos disciplinarios, es la organización de las génesis. Y cuando hablamos aquí de génesis nos referimos a una cierta evolución del individuo. Se trata, sin embargo, de una evolución artificial, ya que la etapa siguiente de la cadena evolutiva preexiste antes de que el individuo la pueda alcanzar. Si queremos captar la evolución real de nuestro personaje tendremos que enfocarnos en la duración concreta, en su experiencia particular y profunda del tiempo dentro del presidio. ¿Con qué criterio? La génesis posee una técnica específica: el ejercicio. El ejercicio debe dominarse para luego pasar a otro ejercicio más complejo, y la forma de dominarlo es mediante la repetición. El ejercicio es la técnica de la repetición, y, como tal, nada nuevo puede producir. No será el ejercicio repetido hasta el cansancio lo que nos conduzca a la duración concreta, será, por el contrario, lo irrepetible lo que nos haga percibir el movimiento de la duración.

En *Vigilar y Castigar* podemos encontrar tres grandes configuraciones del modo de castigar.³⁴ Por un lado el castigo de tipo monárquico, aplicado por parte de un soberano que posee el monopolio de la fuerza, que opera dejando una marca visible en el cuerpo de su presa, y que se desarrolla en el marco de una ceremonia. El ejemplo más evidente del castigo monárquico es el suplicio. Por otro lado, el castigo reformador, cuyo autor es el cuerpo social en su conjunto, opera mediante signos y representaciones destinados a manipular el alma de un sujeto de derecho. Finalmente, un castigo de tipo correctivo, que no deja marcas carnales en el cuerpo pero cuyas huellas pueden ser rastreadas por el encauzamiento de la conducta, por el comportamiento del individuo. Esta última modalidad de castigar está a cargo de un aparato administrativo específico y ya vimos cuál es su técnica: el ejercicio.

Para Foucault, en la práctica y a partir de la modernidad, es el tercer tipo de castigo, el correctivo, el que se ha ido imponiendo por sobre los otros dos. Si bien estamos de acuerdo con él, consideramos que no puede dejar de apreciarse lo característico de la evolución de las tendencias sociales, como en este caso lo es el castigo. En un nivel de análisis, las tres formas puras de castigo propuestas son diferentes, pero eso no quiere decir que no coexistan en la

³⁴ Foucault, M.; op. cit., p. 153.

realidad, con distintos grados de presencia y diversas combinaciones en su desarrollo. Otro tanto podemos decir de las tradiciones retribucionista y utilitarista. Por mucho que pueda intentarse excluirlas mutuamente desde la teoría, podrán existir entre ambas puntos de convergencia y complementariedad.

“-No soy ningún chivato. ¿Acaso me ve usted con cara de cabo de vara, por casualidad?

-Vigilante, póngale las esposas a ese tipo. Pagarás cara esta manifestación de indisciplina.

Los dos comandantes, el del barco y el del convoy, hablan entre sí. El comandante del barco da una orden a un contraamaestre, que sube a cubierta. Algunos instantes después, llega un marinero bretón, un verdadero coloso, con un cubo de madera seguramente lleno de agua de mar y una soga del grosor de un puño. Atan al hombre al último peldaño de la escalera, de rodillas. El marinero moja la soga en el cubo y, luego, golpea despacio, con todas sus fuerzas, las nalgas, los riñones y la espalda del pobre diablo. Ni un grito sale de sus labios, pero la sangre le mana de nalgas y costillas”.³⁵

Además del anterior fragmento, podemos invocar el caso de Tribouillard, el cabo de vara de la Central de Caen³⁶, que se paseaba con un vergajo azotando a los demás presidiarios con el beneplácito sádico de los vigilantes, y que es descrito como “un monstruo pelirrojo”. En ambos casos, el fenómeno social del castigo presenta una mezcla de esquicias suplicantes y esquicias modernas, en relación a la forma “dominante” de castigo que impera en la modernidad. Hay instancias de prisión preventiva (que incluso se prolongan largamente en el tiempo y en distintos espacios) antes de la efectuación de la propia condena, pero a lo largo de todo el proceso podemos encontrar escenas que nos recuerdan a los tipos monárquicos de castigo. El tipo reformador, con sus representaciones, por su naturaleza, podemos identificarlo por momentos inmanente al propio relato de Papillon, pero debemos atender a ciertas precauciones para cuestiones discursivas.

“Es en el discurso que poder y saber se articulan ciertamente. [...] no hay que imaginar un mundo del discurso dividido entre el discurso aceptado y el discurso excluido, o entre el discurso dominante y el que es dominado; sino como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden obrar en estrategias diferentes...”³⁷ Agregaríamos a esto una precisión. Es en los agenciamientos colectivos de enunciación en donde debemos explorar los efectos de verdad de los enunciados, y, por tanto, la apropiación de la criminalidad que una época hace bajo formas que se consideran admisibles; siempre recordando, sin embargo, que caeríamos

³⁵ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 53.

³⁶ Idem, p. 30.

³⁷ Foucault, M.; *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1991, cap. 4 punto 2, “Método”.

en la trampa de un reduccionismo si nos contentáramos con ese análisis sin reparar en los igualmente importantes agenciamientos maquínicos de cuerpo, y luego en lo que subyace a estas formas de organización social.

Respecto a la relación saber/poder, se manifiesta en una técnica que le es propia a la disciplina: el ritual del examen. Todo sujeto sometido a un examen es objeto de un poder y fuente de un saber, de él se extraen conclusiones. Hablábamos antes de la evolución de un individuo; es pasando por una instancia de examen como se determina que un individuo está listo para clasificarse en un segmento superior. Esta evolución (artificial, si se quiere) necesita tiempo para gestarse, el tiempo que se emplea en una actividad es medido, es un tiempo que se aplica al cuerpo, esperando que de tal aplicación resulten consecuencias beneficiosas. Es el tiempo disciplinario, el tiempo homogéneo, todos deberíamos poder alcanzar el segmento superior en el mismo tiempo, si nos aplicamos bien. Es tan fina la fragmentación, que los actos mismos se traducen en “tiempos”. Los movimientos se descomponen en un esquema anátomo-cronológico. Cuando los reclusos esperan en el patio del presidio la declaración de su destino, la obligada “posición de firmes” conlleva una serie de movimientos ejecutados en distintos “tiempos”, todos semejantes, como siguiendo una receta. Claro está, sólo se puede llevar a cabo un examen en un plano organizacional, no en la inmanencia.

Cuando se enjuicia a un individuo, ¿no se lo examina? “El presidente (del Tribunal), de mofletes rosados y aspecto austero, me mira en los ojos sin expresar ningún sentimiento. [...] No, él no tendrá ninguna responsabilidad en la bofetada, él se limitará a servírmela”.³⁸ El castigo deviene un fenómeno social oculto, “...es la propia condena la que se supone que marca al delincuente con un signo negativo y unívoco: se publicitan, por lo tanto, los debates y la sentencia, pero la ejecución misma es como una vergüenza suplementaria que la justicia se avergüenza de imponerle al condenado. [...] Es feo ser digno de castigo, pero poco glorioso castigar”.³⁹ No son todos los individuos de la sociedad los que vigilan a los sospechosos de quebrar el orden de la ley (ni siquiera son todos los que podrían hacerlo, contradiciendo los ideales panópticos), la mayoría no es consciente de lo que ocurre puertas adentro de la prisión. Un complejo punitivo tan alejado como lo era el de la Guayana resultaba completamente funcional. “Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino de la vigilancia”.⁴⁰ Toda la “espectacularidad” que pertenecía a los castigos en la era del suplicio se condensa ahora en la audiencia de los juicios, con su limitado público. Pero de la ejecución prolongada

³⁸ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p.12.

³⁹ Foucault, M.; *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, op. cit., p. 18.

⁴⁰ Idem, p. 250.

de la pena (ni hablar de los trabajos forzados a perpetuidad) nadie tiene idea. Claro que una fracción, una esquicia de espectáculo subsiste, así como hay huellas de suplicio más concretas en prácticas modernas, como ya tuvimos oportunidad de observar. Lo digno de reflexión es, tal vez, que mientras lo supliciante tiende a reducirse o, en todo caso, a ocultarse con más cuidado, lo espectacular regresa cada vez con admirable intensidad.

El ritual examinador del juicio no sólo dicta una sentencia, establece y reafirma una separación entre lo normal y lo anormal. Semejante división se sirve, para ser posible, de un tiempo homogéneo, como veíamos en el proceso evolutivo. Cuando un individuo, que se encuentra atravesando determinada etapa de su vida, no fue capaz de mantenerse en el marco de la ley, o de acatar ciertas normas y estilo de vida, ese individuo presenta una anormalidad. No tenemos que cernirnos necesariamente a estos términos, hablamos de una división binaria. Normal/anormal, ciudadano/inadaptado, inocente/delincuente. La línea cronológica dictamina, según sus predicciones, cómo deberíamos desarrollarnos, y qué espacio, qué casillero ocuparemos en consecuencia. La línea del tiempo, en este proceso, deviene esa delgada línea que separa lo tolerable de lo inaceptable.

El infractor de la ley deviene así un enemigo común a la sociedad toda, y del cual ella debe defenderse. Podremos dudar entre invocar la figura del monstruo o la del incorregible⁴¹, pero, a efectos prácticos, da igual; en ambos casos se trata de una presencia que resulta intolerable para la sociedad y de la cual hay que deshacerse. Y es aquí donde nos interesa prestarle atención a los textos que Foucault consagra a la evolución del poder psiquiátrico de la mano con el poder judicial, ya que de tal articulación resulta un viraje en las prácticas penales. ¿Qué quiere decir Foucault cuando habla de calificaciones morales?

La ley regula los actos, no las conductas. Pero, incipientemente, comienza a legitimarse una figura híbrida, la conducta criminal, que resulta determinante para la resolución de algunos procesos penales. Es entonces cuando entra en juego lo que antes se consideraba “cuestiones de moral”, se trata de “repetir tautológicamente la infracción para inscribirla y constituir la como rasgo individual. La pericia permite pasar del acto a la conducta, del delito a la manera de ser, y poner de relieve que esta última no es otra cosa que el delito mismo pero, en cierto modo, en el estado de generalidad en la conducta de un individuo”.⁴² Dicho en otras palabras, ya no es el crimen lo que se juzga sino el individuo mismo, su alma deviene así objeto de intervención penal. En *Vigilar y Castigar* nos encontramos con un término interesante –infrapenalidad- para referirse al castigo derivado del

⁴¹ Foucault, M.; *Los Anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

⁴² Idem, p. 29.

incumplimiento de las normas (ya no de la ley), que son en mayor o menor grado tácitas. Aquí podemos volver a hablar de infrapenalidad, en el sentido del castigo de otra cosa que la infracción legal.

De este modo, nuevas dimensiones del individuo interesan al poder judicial, así como a la policía, y se ponen de relieve: se vuelve necesario un conocimiento de la vida del delincuente, detalles (incluso si son novelescos o anecdóticos) de su pasado, para vaticinar qué puede esperarse de él para el futuro. Son los corolarios del tiempo de Cronos en su máxima expresión. Un proceso que hurgue en la vida del procesado intentará “mostrar cómo el individuo se parecía ya a su crimen antes de haberlo cometido”.⁴³

Resulta de todo esto que habría una virtualidad de peligros encerrada en la conducta de un individuo, a la espera de su impredecible pero inevitable actualización. En efecto, si se reacciona frente al individuo más que frente al acto del crimen cometido, es porque se reacciona al peligro que se cree ver escondido en algún rincón oscuro de su conducta. Esta configuración abre a la posibilidad de condenar a alguien simplemente por ser capaz del hecho, desembocando en una especie de castigo preventivo.

Frente a la generalidad de las leyes, fijas, estáticas, podemos apreciar la singularidad del individuo, una naturaleza dinámica. ¿Cómo no esperar la existencia de contradicciones y de las llamadas “zonas grises de la moral”? Lo cierto es que, ya sea considerado un monstruo o un desviado incorregible (o incluso un onanista, tercera figura de los anormales foucaultianos que podemos ver en la primera Reclusión de Papillon), estamos hablando de una categoría de individuo que no es otra cosa que la especificidad del delincuente, y que, por lo demás, ya hemos mencionado: el individuo peligroso. Sobre las consecuencias jurídico-morales (e incluso sexuales) de las tres figuras, y los exámenes de conciencia de origen religioso como antecedentes, nos remitimos a los textos de Foucault.⁴⁴ No nos interesa reproducir sus desarrollos ni sus conclusiones. Lo que, por otro lado, quisiéramos, es subrayar que la peligrosidad del individuo puede ser, o quizás llanamente lo sea siempre, construida. Basta un mal encuentro, un motor reactivo, o un enfoque desde el punto de vista leibniziano (o si se deseara, estudios de retórica) para intentar esbozar una teoría del artificio del sujeto peligroso, pero centrémonos, en cambio, en algunos testimonios del propio Charrière.

⁴³ Idem, p. 31.

⁴⁴ Además de *Los Anormales*, previamente citado: *La vida de los hombres infames*, Madrid, Editorial La Piqueta, 1990.

“Te voy a cortar la lengua, esa lengua tan terrible, [...] prostituida para tu gloriosa carrera. [...] Gracias a ella, como sabes manejarla tan bien, has convencido al jurado de que conteste “sí” a las preguntas que se le han hecho.

Gracias a ella, has presentado a la bofia⁴⁵ como gente honesta, sacrificada a su deber; gracias a ella, se aguantaba la fulastre historia del testigo. Gracias a ella, a los ojos de los doce enchufados, yo era el hombre más peligroso de París”.⁴⁶

Dejemos su animosidad y sus deseos de venganza para el capítulo siguiente. Acusa al fiscal de deformar con su lengua a “las personas, los hechos y las cosas”. En su primer libro autobiográfico, Charrière se limita a anunciar su inocencia y relatar su aventura en el presidio colonial. Es en su segundo y último libro, *Banco*, que nos da detalles sobre cómo (¿re?)-hizo su vida, los vaivenes de su proceso judicial, el interés de la policía en proteger a cierta figura, y nos proporciona, además, extractos de distintos artículos de periódicos publicados luego de su audiencia: *La Dépêche*, *La France*, *Le Matin*, *L'Humanité*. Por un lado, Charrière intenta desandar el camino y volver nuestra atención sobre la bifurcación. ¿Es un hombre peligroso o no? Sus libros son las herramientas con las que intenta mostrar colores de su alma distintos a los retratados por el fiscal. Admite muchas cosas, confiesa otras, y sobre todo, rectifica tantas otras. El poder anecdótico de sus palabras se sitúa al mismo nivel en que lo dicho sobre la naturaleza de su vida durante el juicio lo hacía, pero en otro sentido. Es como si dijera, en un rapto de inspiración, “ah, ¿no era el hecho sino mi vida lo que estaba en cuestión? Pues aquí tienen, ésta es mi vida. No terminó con mi condena, seguí durando”. Por otro lado, aquellos artículos periodísticos del 27 y 28 de octubre de 1931, buscados por él mismo a su retorno a París, treinta y siete años después, aportan una evidencia que parece confirmar y sustentar su relato. En ellos se señala la fragilidad en cuanto a información en la presentación de los cargos, la ausencia de personajes clave en el estrado, la baja credibilidad del testigo presentado como fundamental por la policía (y que no había sido partícipe ni testigo presencial de los hechos en cuestión), y, en particular, admiten la existencia de otro hombre del hampa que compartía el alias con el acusado (Papillon, que en francés quiere decir mariposa) pero que no había podido ser ubicado.⁴⁷ La conclusión de Charrière es que aquel individuo le era útil a la policía, era “un verdadero soplón”. Él mismo no le era útil, por lo tanto, a la policía no le costaba nada deshacerse de él para proteger así al otro individuo. Esta “fabricación pieza por pieza de un culpable” sustituto es plausible, si adscribimos a la tesis

⁴⁵ Argot para “la policía”.

⁴⁶ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 22.

⁴⁷ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 269.

foucaultiana de que la función de la policía no es combatir el crimen ni descubrir verdades, sino administrar la delincuencia. Eso en cuanto a sus propias conclusiones. Por nuestra parte, podemos observar, en este caso, dos investigaciones: la periodística y la policial. Una se centró en los hechos (que no pudieron terminar de ser constatados), la otra en la peligrosidad innata de un alma humana. Una iba dirigida al público general, la otra a un reducido grupo que conformaba el jurado. Y era del jurado la última palabra.

Luego tenemos un subproducto de la investigación policial, el expediente, retrato cuasi literario de un individuo, en el que unas características resumen la idiosincrasia y la conducta de un hombre, más o menos como la sucesión de instantes pretende restituir el tiempo. Con motivo de una visita de De Gaulle a Caracas en 1965, un inspector de seguridad francés se apersona en el restaurante de Charrière, que vivió gran parte de su vida en esa localidad venezolana (para entonces ya había sido repatriado), para determinar si representa un peligro. “Usted conoce a un solo Papillon, el hombre del expediente policial de París, un montón de mentiras, de exageraciones, de actas malintencionadas. Un expediente que ni siquiera define al hombre que fui antes y mucho menos al hombre que soy”.⁴⁸ Durante su estancia en la isla Royale, Charrière hace un trato con el suspicaz comandante: no se fugaría durante los cinco meses que le restaban de servicio, y a cambio se le asignaría un empleo del que pudiera beneficiarse. En esa ocasión, tuvo oportunidad de consultar su expediente penitenciario, que reproducimos parcialmente a continuación.

“Henri Charrière, alias Papillon, nacido el 16 de noviembre de 1906, en... Ardèche, condenado por homicidio premeditado a trabajos forzados a perpetuidad por los Tribunales del Sena. Peligroso desde todos los puntos de vista. Vigilar estrechamente. No podrá disfrutar de empleos de favor.

Central de Caen: Condenado incorregible. Susceptible de fomentar y dirigir una revuelta. Mantener en constante observación.

Saint-Martin-de-Ré: Individuo disciplinado, pero muy influyente en sus camaradas. Intentará evadirse en cualquier sitio”.⁴⁹

Este hábito humano de fijar (de intentar fijar) las características esenciales de los individuos puede hacernos comprender por qué, para los liberados del penal de Saint-Laurent-du-Maroni, resultaba más duro la vida libre en la aldea colonial que la vida de recluso dentro del campamento: una vez un criminal, siempre un criminal.

⁴⁸ Idem, p. 238.

⁴⁹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 266.

Es interesante la parte del expediente en que se le reconoce a Papillon cierta disciplina, porque a pesar de haber “decidido vivir al margen de esa sociedad de títeres y de hacérselo saber”⁵⁰ a sus veintitrés años, y como ya hemos comentado, se presentan en él rasgos disciplinarios propios de la sociedad en la cual vive. Claro que esto no sería digno de mención si fuera sólo una adaptación disciplinaria para sobrevivir, ¿en qué lo diferenciaría esto de cualquier otro individuo? Su disciplina es principalmente puesta al servicio de su determinación a evadirse. Es necesario estar listo, en buenas condiciones, y actuar de manera óptima. No puede controlar todo cuanto le rodea, es prisionero, pero puede establecer una línea de conducta estricta para sí mismo, y esto en dos sentidos particulares. Por un lado, en lo que Bergson llama “atención a la vida”, debe saberse capaz de sobreponerse a cualquier situación y prevalecer. Por otro, ostenta una especie de moral privada con la cual se asegura una red de relaciones favorables tanto con sus captores como con sus compañeros.

De igual modo, su experiencia del tiempo en el presidio oscila, de suerte que a veces es un fiel discípulo de Cronos, y en ocasiones sabe reconocer la ayuda de Aión y Kairós. No se puede insistir demasiado en la coexistencia de estas tres modalidades del tiempo; ellas en sí mismas no fluctúan ni ceden el paso a las demás, es la experiencia de ellas lo que fluctúa. En el plano organizado, Papillon es consciente del paso del tiempo y de su articulación en instantes. “Catorce horas de caminata. Para adquirir el automatismo de ese movimiento continuo, hay que aprender a bajar la cabeza, poner las manos a la espalda, no andar ni demasiado de prisa ni demasiado despacio, dar los pasos exactamente iguales y girar automáticamente, en un extremo de la celda, sobre el pie izquierdo, y en el otro extremo, sobre el pie derecho”.⁵¹ Luego de las maniobras militares, sus ejercicios son el ejemplo más idóneo de la elaboración temporal del acto que Foucault desarrolla.⁵² En la Reclusión, aislado de todo estímulo del mundo exterior, se vale de los cambios de guardia para contar con una medida del tiempo. Durante su primera fuga, Clousiot cuenta los días y las horas con la más estricta diligencia. La rutina matutina en las Islas es casi un adiestramiento, un ejemplo del cifrado de las actividades cuando los toques de campana organizan las acciones a llevar a cabo al despuntar el día. La acumulación del tiempo, proceso frustrante tras el cual Papillon corrobora una especie de fracaso: no acaba de llegar al estadio de “estar disciplinado”.⁵³

En otro plano, se producen agitaciones en la vida de Papillon que también son de carácter temporal, pero de otro tiempo, no cronológico. Muchas veces es el aislamiento el

⁵⁰ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 253.

⁵¹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 30.

⁵² Foucault, M.; *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, op. cit., p. 175.

⁵³ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 245.

que, en su cara positiva o en su aspecto de tortura, da las condiciones para que la experiencia del tiempo cobre una nueva intensidad. Y es que el aislamiento es una barrera para el mundo exterior, no para el interior de la duración. De eso se trata, de intensidad. El ritmo de Aión y sus aceleraciones o ralentíes no son otra cosa que cambios de intensidad. Aquí no podemos pensar en instantes, pero quizás sí en imágenes. La cadencia de la marcha de cientos de presos que se dirigen hacia el barco que los llevará al presidio de las colonias, la partida de Francia, es uno de los acontecimientos que altera el ritmo de la duración. Esta escena es la única de la película homónima que supo respetar el tono de la novela. Durante su primera fuga, en ocasión de desembocar por vez primera a mar abierto en su embarcación, Charrière suspende fugazmente el tiempo lineal y un nuevo cambio se opera en él ante el tapiz de diversos colores que presencia en el horizonte de los trópicos, imagen que nos interesa desde un punto de vista no estético-plástico, sino estético-filosófico, por la variación de potencia que produce el encuentro, en términos spinozianos. De la misma manera que no hay que subestimar la importancia de la duración en el impulso vital, tampoco hay que cerrar los ojos ante la fugacidad característica de las imágenes en que parece manifestarse su sospecha, pues lo que siempre tenemos en primer plano y delante de la vista son las necesidades prácticas de la fuga a realizar, una demandante atención a la vida (distinto del apego a la vida).⁵⁴

En una conferencia celebrada en la Universidad de Saint-Louis, en Bruselas, Foucault se pone en una situación compleja al intentar responder a la pregunta “¿qué es la literatura?”⁵⁵ No qué es para un lingüista o incluso para un escritor, qué es para un filósofo. Si dejamos de lado las palabras que lo componen y la narración de un relato a secas, quizá veamos que la literatura es una mezcla de sensaciones (no azarosa), y que, a diferencia del relato que es su vehículo, no se leen en un orden cronológico.

Cuando hablamos de tiempo, en otras palabras, hablamos de cambio. La filosofía de Deleuze (y por extensión, su mirada sobre Bergson, Spinoza, Nietzsche, Leibniz, entre otros) es una filosofía del cambio. Decimos entonces que no podemos explicar el cambio por la sucesión de instantes, nos hace falta la duración.

Cuando los tiempos parecen alargarse o acortarse, contra toda lógica numérica, percibimos algo de la duración.⁵⁶ Y cuando algo cambia, cuando algo nuevo se produce

⁵⁴ Lapoujade, D.; op. cit., Capítulo III.

⁵⁵ Foucault, M.; *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós, 1996.

⁵⁶ “Yo, ahora, en esa celda donde estoy solo, sin libros, sin salir, sin poder hablar con nadie, no es por sesenta minutos que deben multiplicarse las veinticuatro horas del día, sino por seiscientos, y aún te quedarías corto”, Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 24.

(volver atrás es la más arraigada de las ilusiones), la duración altera sus ritmos, pero continúa; sólo se detiene ante la muerte, si acaso lo hace.

El comandante de la prisión colombiana de Santa Marta cambia producto de su encuentro con Papillon, entabla una relación con él, y la novedad es el desdibujamiento de estructuras formales que no pueden contener el accionar de dos individuos vibrantes.⁵⁷ La vida es una vibración, tal es la conclusión a la que Charrière llega en su segundo libro, sin ser consciente, tal vez sí, de que su cúmulo de anécdotas constelan una filosofía, con su lenguaje singular.

El cambio no es únicamente un evento proverbial y extraño que sucede con la solemnidad de un eclipse solar, es, más bien, un proceso común y constante. Charrière se sorprende, a su regreso a Francia, habiendo prescrito su caso, al encontrar un Montmartre que no es su Montmartre, y en ese momento es consciente del cambio al mismo tiempo que parcialmente ciego a la continuidad de éste. Si fuera un evento discriminable, Cronos bastaría para comprenderlo, pero sucede que el cambio no puede segmentarse, hay que percibir el movimiento, y aun más, percibir la vibración. “Entre la gente del hampa, los cambios de amistad en odio mortal son tan rápidos como frecuentes”.⁵⁸ Esto, que parece la viva representación del caos, no es tan azaroso como puede sonar, aún nos resta precisar una cuestión que atañe a la imagen opaca del mundo bergsoniano, vale decir, el individuo, y es la cuestión del valor. ¿Cómo se articula la relación entre el valor y el cambio? Nos atrevemos a dar por sentado que hay una. ¿Qué papel puede jugar la literatura en esa relación?

“No quiero negarme a esta confrontación con el pasado”⁵⁹, se dice Charrière mientras regresa al lugar preciso donde se cometió un crimen del que no fue partícipe, y se da el lujo de proyectar la película de su vida, de reflexionar sobre las ramificaciones de hechos pasados. Un lujo peligroso, porque tras lo sublime de la experiencia de cerrar un capítulo por demás extenso, bulle una obsesión que lo acompañó por años: la venganza, el resentimiento. Su vendetta, que incluía cortar la “venenosa” lengua del fiscal, nunca salió del mundo de la fantasía, pero tal vez su mujer, Rita, lleve razón en su versión de la historia: la publicación del libro ha sido la venganza perfecta. ¿Se produce un cambio en el lector del libro? ¿El encuentro con la novela es un acontecimiento que agita el ritmo de la duración? Puede serlo. Las imágenes accionan unas sobre otras, componen, y todo es imagen en este universo, en determinado plano. Lo que no puede es ser calculado. “En el avión que me lleva de vuelta a

⁵⁷ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 190.

⁵⁸ Idem, p. 254.

⁵⁹ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p.249

Caracas, me divierto pensando que los hombres pueden creerse dueños de sus destinos, que pueden construirse el futuro, prever lo que harán dentro de un año o dos. ¡Puros cuentos, Papi! El hombre más preciso, más calculador, más genial como organizador de su vida, sólo es un juguete ante el desconocido destino. Únicamente el presente es seguro, lo demás es lo desconocido...”⁶⁰

⁶⁰ Idem, p. 123.

3. Fuga

La Paradoja Papillon

¿De qué manera puede surgir algo nuevo en el espíritu de un hombre, cuando a cada instante es asediado por instancias disciplinarias, su conducta sometida a un constante encauzamiento? Es evidente que son agenciamientos muy organizados y estratificados los que participan en las configuraciones sociales disciplinarias. Los cuerpos se circunscriben a una territorialidad bien definida, y las semiotizaciones que tal sistema produce son primordialmente de carácter signifiante. Pero la abundancia de signos binarios no ahoga la presencia de otras posibilidades semióticas, y ciertamente no neutraliza la emergencia de verdaderas revoluciones moleculares. “La ritualización de un agenciamiento comportamental no es sinónimo de automatización. Una semiotización puede devenir maquinal sin ser no obstante mecánica. Y todo tipo de aproximaciones, de variantes, de líneas de fuga, de agujeros negros, siguen siendo todavía posibles”.⁶¹

Son esas líneas de fuga lo que hay de más vivo en una sociedad. Frente a aparatos fijos humanos, estas líneas, a veces tangentes, a veces transversales, son la propia producción de otro mundo posible. Y no porque “este mundo” no sea deseable ni ya viable. Esta idea, agenciada a la falta, a la ausencia de un ideal, tuvo sus épocas de gloria hegemónica en el pensamiento, y hoy se nos revela absurda. Volvamos a Bergson, y corroboremos una vez más que la vida es perpetua producción de novedad. Los tiempos estancos son sólo una ilusión, un artificio de ideas, y la célebre frase “todo lo sólido se desvanece en el aire” jamás cobra más sentido que cuando abrimos los ojos a esta perspectiva. Sin posibilidades de fuga, en el sentido particular en que aquí hablamos de fuga, no hay mundo posible, el devenir se detiene, la vida se niega, y ya sólo nos queda una imago-mundi que, de nuevo, es un artificio vetusto. Si las líneas de fuga son la construcción de otro mundo posible, es porque el mundo es esencialmente cambio, y en el cambio está la alteridad.

La ilusión de un mundo estático, o de un orden de cosas irrevocable, es también un correlato de las semióticas significantes. Éstas “generan un mundo haciendo degenerar la

⁶¹ Guattari, F.; *Líneas de Fuga. Por otro mundo de posibles*, Buenos Aires, Cactus, 2013, p. 281.

posibilidad de aparición de mundos diferentes”.⁶² El cuadriculado de los significantes y los significados tiende a imponer una clave de interpretación del mundo y lo fijan, como una partitura fija una melodía en clave de sol, con sus notas, arpeggios, crescendos, compases, etc. Pero la música es más que su partitura.

Un signifiante que deviene despótico (por su cualidad de excluir todo lo que no subsuma a su lógica) orbita en rededor de un centro de significancia duro, que tiende a la propagación de un sentido único por oposición a una multiplicidad de sentidos, aunque a veces se asiente discretamente sobre una falsa polivocidad.

“Sean cuales fueran, los comportamientos humanos –asociales, locos, delincuentes, marginales- jamás implican otra cosa que agenciamientos que asocian, más allá de las relaciones de personas, órganos de grupos, procesos económicos, materiales y semióticas de todo tipo”.⁶³ Las asociaciones entre componentes de un agenciamiento no son de una vez y para siempre, y ni siquiera podemos decir que un agenciamiento pueda representarse como un conjunto cerrado de elementos que conforman una totalidad. Es a todas luces lo contrario, los agenciamientos son conjuntos abiertos. Esto no nos supone un escollo teórico, porque no es un inventariado de componentes lo que nos resulta interesante para el análisis, sino la relación que se opera (y las que concluyen) entre componentes diversas.

Un signo esquizoide, esto es, un signo que no compatibiliza con las codificaciones significantes con las que habitualmente tratamos, es un signo que quizá puede conducirnos sobre una línea de desterritorialización, tras lo cual tal vez descubramos que se reterritorializa en agenciamientos organizados (capturado por una recodificación), se territorializa en agenciamientos incipientes, o puede ocurrir también que se extinga en una desterritorialización absoluta (fachada de sinsentido, experiencia de pavor en contraste a la “seguridad” que manifiestan las semióticas significantes).

Podemos argumentar que la importancia de la lectura de tales signos (lo que supone siempre un nuevo ejercicio) sea mayor que la de aquellos asentados sobre formaciones lingüísticas y de poder establecidas, en tanto que los primeros, los esquizoides, pueden funcionar como el índice de algo que está cambiando, es decir, algo esencialmente vital.

“Las coordenadas significantes de un mundo “normal” son desplegadas y reguladas a partir de una rostridad central. El mundo devenido “humano”, en función de una rostridad “normal”, es subjetivado a partir de una máquina concreta que coordina el conjunto de las máquinas abstractas en una sintaxis social que presenta sus leyes como dependiendo

⁶² Idem, p. 215.

⁶³ Idem, p. 109.

solamente de una razón universal, estrechamente asociada al orden de las cosas y al buen sentido moral”.⁶⁴

Existen también otras rostridades aparte de la central, normalizada, codificante. Por efecto de operaciones de binarización, estas rostridades constelan el “mundo de los anormales”. La dupla normal-anormal, sin embargo, es demasiado estrecha para abarcar la complejidad de la diversidad social, tanto más en cuanto que no se emancipa de su propio código significativo binario. “A lo largo del día, no dejo de pasar de una rostridad a otra. Y aquella que me domina en un momento dado no es necesariamente “la mía”. Es quizá la de otro y no necesariamente la de otra persona, sino también la de un animal, de un vegetal, de una constelación de objetos, de un espacio familiar, de una institución...”⁶⁵ Es en la continuidad de los flujos que hay que instalarse para comprender el devenir de las cosas en su devenir mismo, y no en un resultado que sería necesariamente una recodificación.

Se trata de flujos que se mezclan, de encuentros y afectos, de movimientos cuyos ritmos pueden ser vertiginosos o reposados, no priorizando una intensidad incandescente sobre una lúgubre. Una “rostridad normal universal” se opondrá a una “rostridad desviada peligrosa” cuando sean codificadas por sistemas de valores antagónicos o, sencillamente, cuando la primera represente un conjunto de valores anclado en coordenadas espacio-temporales, y a la segunda sólo se le asigne el semblante vacío de un no-valor. Tal vacuidad, va de suyo, solo es definida en función de los códigos hegemónicos. Pero las líneas flexibles y más aún las líneas de fuga que desdibujan un rostro y alteran sus proporciones, más o menos desafiadamente, operan el pasaje de un agenciamiento a otro pues “no pertenecen al espacio y al tiempo “en general”, sino que efectúan espacios y tiempos particulares”.⁶⁶

“-Te gustaría evadirte, ¿verdad? Tú no eres un presidiario. Das la impresión de ser otra cosa.

-Tiene usted razón, doctor, no pertenezco al presidio, tan sólo estoy de visita aquí.”⁶⁷

No podemos asombrarnos de tal conversación, Papillon no se parece a los demás presos, las líneas que conforman su rostridad no son las mismas de la rostridad central imperante en el presidio. Éstas a lo sumo lo contornean, pero entonces Papillon desvía la mirada.

⁶⁴ Idem, p. 245.

⁶⁵ Idem, p. 238.

⁶⁶ Idem, p. 279.

⁶⁷ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 284.

Incluso podemos decir que Papillon subvierte las líneas de dos rostridades que lo observan desde flancos opuestos: una, severa, la del presidio y sus guardianes, la otra, cómplice, la de los demás presos y su subcultura. En más de un sentido, molecularmente, ambas rostridades son la misma, y en un plano molar acusan la diferencia presentándola como irreconciliable. Y las líneas de fuga proyectadas por Charrière, es probable que tengan más de retórico que de material, que se enalcen en la enunciación de un relato novelesco que en partes funcione como un terreno seguro en el cual vanagloriarse, pero como ya hemos anticipado, ésta enunciación, cruzada con otras investigaciones, nos resultan suficientes para las reflexiones que pretendemos esbozar en estas páginas.

“Mi presencia física nada tiene que ver con mi presencia moral [...] No pertenezco al presidio; no estoy asimilado en absoluto a las costumbres de mis compañeros de cautiverio, ni siquiera a las de mis amigos más íntimos. Soy candidato permanente a la fuga”.⁶⁸

La enunciación de la novela adquiere un matiz paradójico, en tanto que se asume transgresora de los valores establecidos y a la vez habita un encofrado reactivo, se tiende una trampa a sí misma de la cual no encuentra salida. La obsesión de Papillon por el acto de fugarse es superada tan sólo por una idea fija sobre la que retorna su conciencia constantemente: la venganza. “Porque pienso en vengarme. Es más, sólo pienso en eso”.⁶⁹ La ansiada libertad deviene un nuevo tipo de cárcel, una libertad tan falsa como la que acusa en el resto de los presos. En las Islas de la Salvación, los hombres conforman una comunidad en la que aprenden a vivir a gusto, perfilando una felicidad que se ve amenazada nada menos que por la posibilidad de una evasión exitosa en las islas, ya que la consecuencia inmediata es la furia de los guardianes y la nulidad de ciertas comodidades conquistadas no con poco esfuerzo. El trabajo de Stephen Toth es una referencia indispensable en cuanto a las condiciones de vida generales en el presidio colonial francés, así como la dinámica compleja de las relaciones entre prisioneros, carceleros y médicos.⁷⁰ A pesar de este contexto social, Papillon presenta una máxima de conducta: los hombres de fuga merecen respeto, solidaridad y ayuda. La fuga realizada es un valor que otorga prestigio, los autores de una evasión, al ser recapturados (episodio más frecuente) disfrutaban de un status que se traduce en una sensación de seguridad entre los demás criminales (Dega: “el mayor peligro son los otros presidiarios”)⁷¹, y cuando su presencia en el presidio es historia, pasan a formar parte de una

⁶⁸ Idem, p. 332.

⁶⁹ Idem, p. 18.

⁷⁰ Toth, S.; *Beyond Papillon. The French Overseas Penal Colonies 1854-1952*, Nebraska, University of Nebraska Press, 2006.

⁷¹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p.44.

suerte de folklore oral con carácter de leyenda (la riqueza anecdótica de estas prácticas es inconmensurable).

En ocasión de uno de sus intentos fallidos de fuga⁷², Papillon esconde una balsa en una tumba profanada a la espera del momento adecuado de pasar a la acción, momento que jamás llegará. Bébert Celier, compañero de condena, lo descubre y revela sus planes. Incluso un personaje como el comandante de la isla le declara a Papillon que “merecía lograrlo”, un personaje que sería el primero en sufrir la degradación que la disciplina exige frente a una fuga. Bébert Celier, por otro lado, tiene una vida corta. Si para Papillon la fuga es un valor excelso, el ser un soplón, violar los códigos de silencio, es el anti-valor más nefasto. En su esquema, la fuga es lo que el orden para la disciplina, y la traición la desobediencia incorregible. Para los demás, la fuga es un acontecimiento ambiguo, admirado y temido.

Charrière (como autor) nos presenta al menos dos series de valores bien diferenciadas. Una serie está espiralada en rededor de la imagen de Papillon, este personaje mítico basado en él mismo. Se trata de un protagonista (para evitar el epíteto “héroe” sobre-usado en el análisis de novelas) transgresor, pero “nada es negativo en la transgresión. Afirma el ser limitado, afirma lo ilimitado en lo que ella brinca, abriéndolo por primera vez a la existencia”.⁷³ Lo que se postula es el ser de (o en) la diferencia, una afirmación del ser no positiva puesto que no compatibiliza con el “yo soy”, pero en ningún modo una negación. Ni siquiera una negación del límite, condición analítica (y física) necesaria para la transgresión. El protagonista se sabe limitado, pero elige vivir en sus límites, cómodo en su incomodidad. “La impugnación no es el esfuerzo del pensamiento por negar existencias o valores, es el gesto que vuelve a conducir a cada uno de ellos a sus límites”.⁷⁴

La otra serie constituye una descripción casi etnográfica de la vida de los demás presos, puesto que supera el resentimiento (o quizás más precisamente el recelo) por su “falsa

⁷² En total, ocho intentos fallidos y la fuga final. “La primera, cuando salí del hospital, después de haber noqueado a los guardianes. La segunda, en Colombia, en Río Hacha. La mejor. En ésa, triunfé por completo. [...] Luego, la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta, en Barranquilla. ¡Qué mala suerte en esas fugas! ¡Aquel golpe de la misa, tan desdichadamente fracasado! ¡Aquella dinamita del demonio y, luego, Clousiot enganchándose los pantalones! ¡Y el retraso de aquel somnífero! La séptima en Royale, donde aquel asqueroso de Bébert Celier me denunció. Aquélla hubiera resultado, seguro, sin su maldita presencia. La octava, la última, la del asilo. Un error, un gran error por mi parte. [...] Este banco donde Dreyfus, condenado inocente, encontró el coraje de vivir a pesar de todo, tiene que servirme de algo. No debo confesarme vencido. Hay que intentar otra fuga”. Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 384. La fuga final consistió en el estudio de la frecuencia de las olas desde lo más alto de la Isla del Diablo, en donde finalmente había sido enviado, y desde donde presuntamente era imposible evadirse. Allí Papillon descubre que las olas formaban una secuencia de siete, siendo la séptima la más intensa y cuyo empuje luego de golpear las rocas podría arrastrarlo a mayor distancia a mar abierto, y así evitar morir estrellado contra las rocas en la siguiente cadena de olas que podría llevarlo de regreso. Se arrojó desde el banco de Dreyfus en una balsa fabricada con una gran bolsa y cocos secos, y alcanzó la costa continental arrastrado por la corriente.

⁷³ Foucault, M.; *De lenguaje y literatura*, “Prefacio a la transgresión”, op. cit., p. 128.

⁷⁴ Idem, p. 129.

libertad”. Si la soledad de la detención y las reclusiones, con su silencio, tiende a desintegrar los hábitos y estilos de vida previamente configurados, la vida en común en las islas coloniales produce una reterritorialización en un modo binario de relacionarse. “Los hombres que tienen jóvenes viven, comen y duermen con ellos. Son verdaderos matrimonios, en que la pasión y el amor entre hombres absorben, día y noche, todos sus pensamientos. Escenas de celos, pasiones sin freno en que la “mujer” y el “hombre” se espían mutuamente y provocan muertes inevitables si uno de ellos se cansa del otro y vuela en derechura hacia nuevos amores”.⁷⁵ No hablaríamos de una heteronormatividad ni de una homosexualidad tácitamente aceptada, como Toth refiere al discurso de la administración penitenciaria, sino más bien de líneas duras de masculinidad y femineidad que no han podido aun ser diluidas, y tan sólo se trataba de asumir una u otra.

Para el análisis de algunos casos concretos necesitaríamos sumergirnos en otro contexto, por lo cual no nos aventuraremos a la tarea. Nos referimos a la comunidad de leprosos de la Isla de las Palomas, en donde no tocarse era la regla, “lo normal”⁷⁶, aunque los leprosos eran moneda corriente en los prostíbulos; también a la tribu indígena de la Guajira⁷⁷, hoy extintos, en donde la poligamia era habitual (no por eso ausente de reglas tácitas) y toda una constelación de signos diferente operaba. Asimismo, hay casos aislados de los que no podemos referir más que una anécdota, como el de cierto recluso que mantuvo una relación zoofílica con una búfalo hembra, Marguerite.

Manteniéndonos en el contexto de las islas penitenciarias, podemos referir sin embargo el caso de Maturette, un joven adolescente que (junto con Clousiot) acompañó a Papillon en su primera fuga. Durante esa travesía, Maturette manifiesta gratitud por el trato regular recibido a pesar de “lo que soy”⁷⁸. Para evadirse, fue preciso que Maturette seduzca a un llavero árabe (“a los árabes les gustan los jóvenes”)⁷⁹, y Charrière lo describe inicialmente como “un muchacho efebo”. Maturette es un ejemplo de un fenómeno común en el presidio, los más jóvenes se encuentran en el papel de “hacer de mujer”, Papillon se refiere a esto como una forma de pederastia que cobra carácter oficial, asistimos a la configuración de un determinado agenciamiento maquínico de cuerpos y de un agenciamiento colectivo de enunciación. Nos despedimos de Maturette pasada la mitad de la novela, en donde lo vemos convertirse en ayudante de enfermero, posición común (mas no exclusiva) para los jóvenes y

⁷⁵ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 325.

⁷⁶ Idem, p. 80.

⁷⁷ Papillon convive con esta tribu por un período luego de su fuga de Río Hacha, Colombia. Idem, p. 141.

⁷⁸ Idem, p. 91.

⁷⁹ Idem, p. 67.

que reporta una cantidad de beneficios.⁸⁰ Sin embargo, volvemos a encontrarnos con él en Venezuela⁸¹, casado con una mujer. Sustituiríamos su anterior “lo que soy” por “lo que agencio”, ya que una continuidad contextual se nos aparece como imprescindible, no para determinar, sino para sentir las líneas que atraviesan y comulgan con el personaje.

“Parece haber una cultura generalizada de resistencia por parte de los prisioneros, o quizás más precisamente, de adaptación. Aunque rara vez desafían abiertamente a las autoridades del penal, los convictos subvirtieron el régimen por medio de hurtos, enfermedades fingidas, confabulaciones, escapes, y otras tácticas. En este sentido los bagnards interpretaron y fabricaron su propio *bagne*”.⁸² No podremos insistir suficiente sobre la idoneidad del trabajo de Toth en el estudio de la vida en los penales coloniales, así como su tratamiento mediático y artístico (Papillon no fue la única ni la primer novela relacionada, aunque sea quizás la más icónica gracias al cine), y el entramado legal y a veces no tan legal que se recoge en los documentos que se han conservado. El trabajo aporta una perspectiva de contexto que Charrière, por razones obvias, deja en la sombra. Lo cierto es que al abarcar en una visión de conjunto las sucesivas transformaciones de los presidios coloniales franceses (desde su apertura en 1854 hasta el cierre final en 1952), teniendo en cuenta factores como las polémicas desatadas por la opinión pública y los periodistas en torno a tópicos humanitarios y/o punitivos, las reformas introducidas (aunque generalmente no puestas en práctica) y los avances médicos (que llegaron mermados y con mucho retraso a la Guayana Francesa), el período que a Papillon le tocó en suerte para transitar el presidio era, probablemente, el que más oportunidades de supervivencia pudiera ofrecerle.

La cronología desarrollada por Toth se condice con la narración de Charrière, en la que Papillon, durante su segunda reclusión disciplinaria, por intento de evasión y agravante de homicidio a quien lo traicionara, cruza camino con un tal Dr. Germain Guibert, parte de una revisión gubernamental de las prisiones y quien, con una autoridad que los médicos del siglo XIX no habían podido disfrutar, introduce importantes cambios higiénicos y alimenticios al régimen penitenciario, posibilitando indirectamente, por lo demás, circunstancias que le

⁸⁰ Toth, S.; op. cit., en particular capítulos 3 y 5.

⁸¹ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 188.

⁸² Toth, S.; op. cit., p. 58, la traducción es mía. “*Bagne*” es un término derivado del latín para referirse a ciertas prisiones portuarias que luego fue extendido a los presidios coloniales, tanto de la Guayana Francesa como de Nueva Caledonia. A los prisioneros que las ocupan se los designa como “bagnards”. Las palabras interpretar y fabricar sustituyen un juego de palabras del autor (“construed and constructed”) que se pierde en la traducción.

valdrán a Papillon un indulto de la reclusión⁸³, a la cual presumiblemente no habría sobrevivido.

Es en la reclusión, sin embargo, y aunque no exclusivamente en ella, sí en donde con mayor intensidad lo experimenta, que Papillon lleva la fuga a un tercer nivel. Porque hasta ahora hemos visto fugas físicas, infructuosas la mayoría de ellas, y líneas de fuga en su experiencia que cuestionan los valores establecidos, y que si acaso luego reterritorializa en valores sociales previamente determinados, esas líneas continúan su accionar en la obra literaria que es su legado. Pero se esboza aun una experiencia que involucra al cuerpo y que tiende a emanciparlo de las determinaciones espacio-temporales.

La ausencia de sonido y de luz que inicialmente califica como tortura devienen condición necesaria para una experiencia muy intensa. No podemos hablar de una completa inmanencia, ya que la oscuridad y el silencio constituyen una especie de muletas exteriores, pero la experiencia tiene como fuente el sí mismo de Papillon, y consiste en un desarme, en una miríada de sensaciones y, en este caso particular, fantasías, que le permiten hacerse un cuerpo sin órganos⁸⁴, desorganizar su experiencia de la vida abriendo paso a una intensidad pura, una de cuyas consecuencias es el desdibujamiento del espacio. Tal vez si su obsesión con la venganza, y al momento de su segunda reclusión, su resentimiento para con el traidor, no poblaran constantemente su conciencia, Papillon no necesitaría de una tercera muleta: la fatiga. El peligro está sobre todo en que en la celda el régimen alimenticio es muy precario para sostener la actividad que Papillon realiza hasta agotar sus fuerzas, una fatiga que podría ser un subproducto del ejercicio oscila para convertirse en un déficit nutricional. Es éste el elemento que asemeja esta experiencia a una fuga narcótica, cuya potencia provenga de fuentes exteriores y no interiores, y cuyo peligro es la desterritorialización absoluta en un vector negativo que no produciría nada y que podría culminar en la muerte. La paradoja que Papillon nos muestra es el choque de dos potencias igualmente intensas, una inmanente, productora de sentido y de mundo, la otra eminentemente reactiva.

⁸³ Se trata de uno de los hechos más polemizados del libro por creer que es una mentira. Charrière relata como Papillon participa en el salvamento de una niña a punto de ahogarse, y cuya familia por supuesto estaba vinculada a los guardianes y comandantes. En el libro, Papillon bautiza a la fatídica ola que lo arrastra lejos de la Isla del Diablo con el mismo nombre de la niña, Lisette.

⁸⁴ “El cuerpo sin órganos no se opone tanto a los órganos como a esa organización de los órganos que se llama organismo. Es un cuerpo intenso, intensivo. Está recorrido por una onda que en el cuerpo traza niveles o umbrales según las variaciones de su amplitud. Por lo tanto, el cuerpo no tiene órganos, sino umbrales o niveles”, en Zourabichvili, F.; op. cit., p. 38. Al respecto, la Lic. Adriana Zambrini agrega: “¿Qué entender por deshacer el organismo? No es matarse ni destruirse, sino por el contrario ofrecerle al deseo nuevas conexiones, complejidades nuevas, abrirse a la experimentación de nuevos umbrales intensivos, territorios y desterritorializaciones cuidadosas que mantengan el movimiento de pliegue y despliegue entre el mundo de la representación y el plano de inmanencia, para que el deseo maquine”. *Clase 29. Cuerpo sin Órganos*. Seminario en imagencristal.com.ar

El cuerpo sin órganos “de ningún modo es una noción, un concepto, más bien es una práctica [...], nunca se acaba de acceder a él, es un límite”⁸⁵, es una experiencia inmanente transgresora. “El cuerpo sin órganos es lo que queda cuando se ha suprimido todo. Y lo que se suprime es precisamente el fantasma, el conjunto de significancias y de subjetivaciones”.⁸⁶ Lo único que puede llenar un cuerpo sin órganos es una intensidad, la intensidad de una experiencia que no territorializa aun en un significado.

Entendemos por qué la condición de aislamiento puede convenir al desarrollo de una tal experiencia, la ausencia de estímulos, de distracciones. No hay nada que significar, solo significados cargados previamente que pueden divorciarse de sus centros de significancia y germinar un régimen post-significante que en última instancia pueda devenir contra-significante. El desafío del cuerpo sin órganos es de-significar el deseo en cualquier condición, por los propios medios. ¿Puede la literatura dar cuenta de esto? ¿O no puede más que sugerirlo?

Cuando componemos una relación con una obra literaria –leemos- estamos operando con signos. La continuidad narrativa nos impone un espacio sintagmático y una temporalidad lingüística que aprisiona el sentido de nuestra interpretación. Pero este tipo de continuidad narrativa responde a un régimen significante que precisa ser activado en tanto realizamos la lectura. Un tipo de lectura. Un tipo que por lo demás no excluye otras modalidades. En otras palabras, es posible la fuga literaria.

“El significante siempre está rostrificado. La rostridad reina materialmente sobre todo ese conjunto de significancias y de interpretaciones [...] La máscara no oculta el rostro, es rostro. [...] La mentira, la trampa, forman parte fundamentalmente del régimen significante, pero no el secreto. Y a la inversa, cuando el rostro se desdibuja, cuando los rasgos de rostridad desaparecen, podemos estar seguros de que hemos entrado en otro régimen, en otras zonas infinitamente más silenciosas e imperceptibles en las que se producen devenires-animales, devenires-moleculares subterráneos, desterritorializaciones nocturnas que desbordan los límites del sistema significante”.⁸⁷

El pasaje de suplicio a disciplinamiento opera un tal cambio de régimen de signos, desdibuja un rostro, lo moleculariza, y luego vuelve a endurecerse formando una máscara de diferentes facciones, pero la continuidad entre ambas rostrificaciones no se le escapan a

⁸⁵ Deleuze, G. y Guattari, F.; *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1988, p. 155.

⁸⁶ Idem, p. 157.

⁸⁷ Idem, p. 121.

Foucault, quien, a propósito de sus trabajos, ha llegado a decir: “me doy cuenta de que no he escrito más que novelas”.⁸⁸

¿Cambia el sentido de la obra según que un valor se integre a un régimen de signos antes que a otro? En un primer momento responderíamos que sin dudas, pero los regímenes de signos son como entes vivientes, cambian. Y el mismo valor puede vectorizarse en una máquina de guerra contra-significante, germen de centros de significancia que podrán dar lugar a nuevas perspectivas o que podrán arrastrar consigo algo de viejos sistemas sígnicos.

El estuche cilíndrico con dinero que los convictos esconden en sus intestinos rápidamente adquiere un valor representacional, y remite a la libertad. Pero el rostro de la libertad en Papillon es absorbido por el de la venganza, siempre lo fue, y finalmente la libertad queda abolida. “La línea de fuga es como una tangente a los círculos de significancia y al centro del significante”.⁸⁹ Papillon dibuja líneas que nacen como tangentes pero que pronto caen en la trampa de un nuevo o viejo (devenido viejo) centro de significancia. Creemos que detrás de su fuga narrada, e incluso llevada al cine, quedó inconcluso un proyecto de fuga más profundo que, independientemente de que lo haya vivido Charrière o no, lo puso en práctica en su obra. Estas líneas de fuga pueden ser encontradas en la novela, no así en la película.

“Habiendo vendido (Charrière) los derechos para la adaptación cinematográfica de su libro por medio millón de dólares, escribió otra película, Popsy Pop, ocupó él mismo un rol protagónico (ahora lleva bufanda, como corresponde a un actor) y la filmó en Venezuela, desplazándose regularmente entre Venezuela y Francia para promocionar su libro y lamentarse por la justicia francesa. Casi ha terminado una continuación de Papillon y está planeando incluso un tercer trabajo, una ferviente zambullida en la no-ficción sobre “las desdichadas poblaciones de América del Sur””.⁹⁰

Papillon, la película, coloca a Steve McQueen en el papel central y a Dustin Hoffman como Dega. La necesidad de mantener a estos dos célebres actores en pantalla tiene como consecuencia un desvío general de la trama del libro: en la película Dega acompaña a Papillon en su primera fuga, en el libro Dega jamás escapa; Clousiot es sustituido por Dega en el grupo, pero la escena de su muerte se conserva y se desarrolla muy prontamente en la película, Dega no puede morir, por lo que se decide dar muerte al personaje de Maturette, que no sólo sobrevive en el libro sino que lo encontramos nuevamente en Banco, su secuela,

⁸⁸ Foucault, M.; *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, volumen I*, Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 15.

⁸⁹ Deleuze, G. y Guattari, F.; *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*, op. cit., p. 122.

⁹⁰ Revista LIFE, “*The fabulous escapes of Papillon*”, 13 Nov. 1970, p. 46. La traducción es mía.

señalando que Maturète sobrevivió incluso al cierre del penal colonial; Papillon es anciano en la película cuando logra su fuga definitiva a efectos dramáticos a pesar de la inverosimilitud de su supervivencia a la deriva del mar, en la realidad Charrière se fuga con treinta y siete años y aun es un hombre joven cuando arriba a Venezuela. Podríamos enumerar otras desviaciones, pero son menores. La observación apunta a que en la traducción de la historia a un formato cinematográfico tradicional, comercial, se exacerbó el carácter dramático de la aventura, adaptándola a la estructura funcional imperante de las novelas y películas de aventuras, es decir, reabsorbiéndola en una constelación significativa que deja de lado lo más nuevo que el libro tenía para decir y pone de relieve en cambio la fórmula espectacular de lo ya dicho.

Popsy Pop, con Claudia Cardinale, Stanley Baker y el propio Charrière como protagonistas, es una historia puramente ficcional sobre negocios turbios y traiciones. La realización de un film fue para Charrière una aventura más, una inversión azarosa, y un impulso a seguir en el juego de la fama en el que se había metido y al que se estaba aun adaptando. Ciertamente la diferencia entre un convicto a perpetuidad y un autor célebre además de actor parece abismal. La película fue, sin embargo, un fracaso comercial. Se realizó en 1971, dos años antes de Papillon (película) y de que Charrière compusiera la continuación de su novela, Banco, cuyos frutos no pudo disfrutar antes de que la muerte lo sorprendiera en Madrid con un cáncer de garganta. El film fue de producción franco-italiana, realizado en Venezuela, y conocido internacionalmente como *The Butterfly Affair*. En sus primeros fotogramas, Charrière declara, en inglés, lo siguiente: “Esta es una historia de avaricia, amor y violencia, ambientada en las calurosas junglas y tropicales ciudades de Latinoamérica. Fue escrita por un hombre que pasó años de su vida en el infierno tropical que era la peor prisión sobre la Tierra, en donde descubrió la verdad sobre la avaricia, el amor y la violencia”. Estas aseveraciones son quizá demasiado audaces.

Charrière puede haber dejado en estado embrionario, o latente, un proyecto que atañe a la otredad de los valores. “Ese complejo de presidiario que incluso cuando uno está libre oye sus grilletes y cree en todo instante que alguien le vigila”.⁹¹ En Banco, también deja atrás progresivamente esta paranoia. Lo que nunca dejará de acompañarlo es un estado anímico de fuga permanente, una necesidad de movimiento incesante y de nuevos proyectos y aventuras. En sus primeras etapas de nueva libertad califica la acogida de los venezolanos como “buena y peligrosa”, ya que se enfrentaba a una tentación, o a una incitación, de sentar cabeza, un

⁹¹ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 99.

cambio radical en su hasta el momento desterritorializante trayectoria de vida.⁹² Sus asuntos aun no estaban zanjados, su fuga había sido exitosa sólo parcialmente, en tanto la concreción de su vendetta era percibida como indispensable para limpiarse finalmente y establecerse en una situación.

Clousiot, uno de sus primeros camaradas de fuga, lo había vaticinado. “Sonrío porque nunca abandonas la partida. El fuego que te abrasa las entrañas de verte en París presentando la cuenta a tus tres amigos te sostiene con una fuerza tal que no admites que lo que tanto anhelas no pueda realizarse”.⁹³ Sin embargo serán necesarios muchos años, no para que Papillon abandone la partida, sino para que cambie las reglas del juego. A lo largo de su vida emprenderá distintos negocios y oficios, considerando que es “difícil vivir como los demás”, aceptando lo que los demás aceptan. En una ocasión será víctima de un socio estafador, lo cual lo lleva a decidir que desde ese momento “nada de negocios con las gentes decentes, a partir de ahora solo verdaderos tunantes. Al menos con ellos uno sabe a qué atenerse”.⁹⁴

A pesar de haber residido gran parte de su vida en Caracas, su estilo de vida jugueteaba con el nomadismo, llegó a vender sus negocios para trasladarse a Maracaibo o a España, Caracas devino un puerto seguro a donde regresar, un rostro familiar, por contraste a París, que encontró cambiado a su regreso, “no es mi Montmartre”. Habrá intentado un par de “golpes” fallidos para hacerse de una situación antes de emprender el oficio del que vivirá: anfitrión y dueño de restaurante. Un fatídico y catastrófico sismo en la década del '60 complica su situación económica y ello, junto al encuentro con el libro de Albertine Sarrazin, lo lleva a intentar un nuevo emprendimiento entre otros: la redacción del libro que le valió tanta fama. Charrière hacía apuestas con la vida.

¿El interés de Charrière en criticar la justicia francesa fue anterior o posterior a la publicación de su libro? Quizás podamos acordar que anterior, ¿pero era su principal interés o la crítica devino importante con posterioridad al éxito? Tal vez sería mejor que abandonásemos estas largamente formuladas preguntas de una vez por todas, no sólo porque sus respuestas carecen de interés, sino porque hay otras preguntas que por sí mismas resultan más interesantes.

¿Fue Charrière pionero de una particular forma de hacer literatura? ¿Fue al menos un eslabón importante de una escuela literaria sin maestros que reivindicaban la llamada literatura

⁹² Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 26.

⁹³ Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 232.

⁹⁴ Charrière, H.; *Banco*, op. cit., p. 234.

menor?⁹⁵ Jean-François Revel, que por aquel entonces fue consejero literario para el sello editorial de Robert Laffont, acompañó la publicación del libro con algunas reflexiones sobre la oralidad en la escritura de Papillon. Una presencia de la lengua popular que no se hibrida con la tradicional prosa francesa, sino que asume su propio nivel de literacidad. “Actos, pensamientos, palabras, marcados por un mismo carácter de espontaneidad o, más bien, de una extraña mezcla de premeditación y espontaneidad, están todos presentes y no pueden ser más que acontecimientos”.⁹⁶ Alejándose, no intencionalmente, de los cánones literarios de la época, Charrière crea una vertiginosidad semiótica en la que “las situaciones se modifican por completo casi en cada página”.⁹⁷ Lo que Papillon (obra) aporta de nuevo a la literatura es una reivindicación de la narración, pero la narración no como relato lineal, sino como un proceso semiótico que rebosa de vida y que interpela a la cultura en la propia dinámica de sus agenciamientos.

⁹⁵ Deleuze, G. y Guattari, F.; *Kafka, para una literatura menor*, op. cit.

⁹⁶ Revel, J.F.; *Papillon o la literatura oral*, en Charrière, H.; *Papillon*, op. cit., p. 502.

⁹⁷ Ibid.

Reflexiones finales

Las disciplinas han sido condición de posibilidad y a la vez efecto de una época histórica. Una época con su diversidad de acontecimientos políticos, económicos, gnoseológicos. En toda sociedad podemos encontrar el germen de los procesos que han sido y siguen siendo parte de ella. La sociedad actual, ya sea que se la llame sociedad de control, sociedad posmoderna (u otro epíteto según el prisma conceptual con que se la aprecie), conserva rasgos de las sociedades disciplinarias que han sido estudiadas como estandartes de la época moderna.

Hay todo un sistema de valores que acompaña y atraviesa a estas disciplinas. La obediencia ha sido uno de los más deseados, y su ausencia la raíz común de la mayoría (si no de todos) los castigos. La utilidad y la productividad devienen axiomas que deberían permear a todas las acciones. Trazar el mapa de sus valores es un modo de trazar el mapa de una sociedad.

Lo engañoso de esto es que el mapa nunca es definitivo, sino que está en constante mutación, como si hubiese sido dibujado con una tinta que se desvanece y debiera volver a ser trazado, nunca de la misma manera.

Fabelo Corzo identifica en su estudio de la axiología cuatro grandes corrientes: la naturalista, que caracteriza a los valores “buenos” como naturales y a los “malos” como anti-natura, anclándose en el placer como uno de los criterios naturales; el objetivismo, que establece valores ideales como esencias apriorísticas; el subjetivismo, que los vincula con las necesidades e intereses del individuo; y el sociologismo, que se centra en el carácter de convención social de algunos valores.⁹⁸ Tras exponer postulados y críticas concernientes a estas corrientes, el autor propone reconocer la pluridimensionalidad de los valores y presenta tres dimensiones: objetiva, subjetiva e instituida.

Creemos estar hablando en términos similares cuando nos referimos a la pluridimensionalidad de los valores, sin embargo precisamos distanciarnos en algunos puntos. Para Fabelo Corzo, “la mejor educación en valores es aquella que procure que la imagen subjetiva del valor tienda a coincidir con el valor real objetivo de las cosas”.⁹⁹ No podemos adherir completamente a esto, en tanto consideramos que un análisis centrado en las

⁹⁸ Fabelo Corzo, J.R.; *Los valores y sus desafíos actuales*, Libros en Red, 2004.

⁹⁹ Idem, p. 49.

dinámicas del sujeto y el objeto deja de lado un campo privilegiado de formación (y de deconstrucción) de valores, que es el plano de inmanencia.

Una visión cosmovisiva como la que esboza el pensador cubano es muy rica para reconocer y, en última instancia, realizar una crítica de los sistemas de valores socialmente instituidos, pero una perspectiva micro sería tal vez fundamental para no descuidar los factores de deseo (individual y colectivo) que murmullan bajo las formaciones sociales más estratificadas.

No podemos avanzar mucho más que en una dirección con nuestro sucinto estudio: la interpretación de los valores de una sociedad en una obra literaria en particular. Quisiéramos sugerir una perspectiva en que se explore la dimensión volitiva de los valores, un triple juego entre la voluntad, el deseo y lo instituido como escenario en la formación de valores, que nunca serán absolutos, pues como todo lo pertinente a la vida no encuentra esencialidad más que en el cambio. Estas sugerencias podrían conducir a enmarcarnos en una perspectiva teórica subjetivista, sin embargo concebimos una continuidad del deseo y la voluntad particulares en los agenciamientos colectivos.

Lo hemos visto en Papillon. Su voluntad interpelaba a los valores instituidos, tanto en la sociedad francesa como en el contexto específico del presidio colonial. Éstos en ocasiones ejercían una influencia en él, operando una territorialización en ciertos marcos de conducta, pero no desprendemos de esto una preponderancia de los valores instituidos sobre los particulares o viceversa, más bien somos convocados a observar con detenimiento su interacción.

No estimamos que el valor pueda ser separado de esta dimensión volitiva, es decir, que pueda legitimarse la concepción de valores universales. Incluso cuando dos individuos manifiestan guiarse en su accionar por un mismo valor, son distintas máquinas deseantes las que están en juego. Basta invocar el principio de los indiscernibles en Leibniz para argumentar su diferencia, y referirnos inmediatamente al principio de continuidad para evitar una posible interpretación de incoherencia.¹⁰⁰ Y es que ambos individuos operarían con un referente instituido de valorización, posibilitando su convivencia en el marco de un agenciamiento colectivo de enunciación, pero insistimos, no podemos aseverar que esta operación nulifique las diferencias en profundidad entre los procesos mediante los cuales ambos individuos valorizan.

¹⁰⁰ Deleuze, G.; *Exasperación de la filosofía. El Leibniz de Deleuze*, Buenos Aires, Cactus, 2006, p. 104.

Se nos podrá objetar a este respecto un descuido de la moral, un olvido del imperativo categórico kantiano, pero solicitaremos un momento para invitar a Spinoza a la conversación. Sus desarrollos en la *Ética* quizás puedan resultar esclarecedores en el planteamiento de una dimensión volitiva del valor, en especial con los conceptos de potencia y encuentro, que le dan un sentido particular a “lo bueno” y “lo malo”, independientemente de las categorías morales de bien y mal.¹⁰¹ Estas cuestiones, sin embargo, quizás puedan ser objeto de futuras reflexiones.

¹⁰¹ Spinoza, B.; *Ética demostrada según el orden geométrico*, Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1983. Ver también: Deleuze, G.; *En medio de Spinoza*, Buenos Aires, Cactus, 2008.

Anexos

Anexo 1 – Vida de Charles Brunier

El siguiente artículo relata sucesos de la vida de Charles Brunier, quien afirma ser el verdadero protagonista de la historia narrada por Henri Charrière, que habría robado su identidad. La historia brevemente referida por Brunier, sin embargo, presenta discrepancias. Los hechos clave que impulsan la historia de Charrière son completamente diferentes, y las similitudes en que se basa la controversia, superfluas. ¿Será la controversia algo más que una infructuosa búsqueda de coincidencias?

The real Papillon (translation of newspaper article)

http://www.ruerude.com/2005/12/the_real_papill.html

17 December 2005

Today there was an article in **Le Parisien** (my favorite newspaper!) about an old man who claims to be the real **Papillon**, inspiring the **movie** with Steve McQueen. I was a fan of the book, genre **Escape From Devil's Island**, so here goes! A real-life story that is like one from the movies.

The former convict who says he was Papillon

Domont (Val-d'Oise)

His hands gripping his wheelchair, Charles Brunier does not really understand why he is dressed up to come out of his room, yesterday morning, at the nursing home Orpa-Val-de-France in Domont (Val-d'Oise). This ex-con has been in peaceful retirement here for the past 12 years. Solitary, the old man of 104 has no more family and never receives any visitors. He affirms that he is the man who inspired **Henri Charrière**, author of the celebrated *Papillon*, who, he says, stole his identity. Yesterday, Léon Bertrand, the Minister of Tourism, came to see him. The minister wanted to bring up the memory of his grandfather, Bertrand Lucien, who was a convict in the prison of Cayenne in French Guyana. "Perhaps he knew him," says Léon Bertrand.

Charles Brunier was behind bars for fifteen years in the Cayenne prison, which closed its doors in 1953 after having taken in almost 70,000 prisoners in a hundred years. He does not remember the minister's grandfather. However, he has not forgotten the jails of Saint-Laurent-de-Maroni, the violent behavior of the prison guards, "and especially the mosquitoes." There he became acquainted with Henri Charrière, who became famous under the name of Papillon [butterfly], the title of his autobiographical bestseller of 1969.

But Charles Brunier, his old companion from prison, claims and has always claimed that all Charrière did was take Brunier's own story as his inspiration for the book. Brunier's story is rich in comebacks. Enlisted in the Navy at the age of 17, he succeeded, with some other men, in rescuing an encircled unit during the campaign in Syria. On that occasion he saved the life

of a lieutenant before being wounded himself, deeds which earned him the **Croix de Guerre**. A few years later, he stumbled. In Troyes (Aube), after meeting a prostitute who proposed to work for him, he stabbed and wounded the girl's pimp, a certain Chopette, during a fight in a bar called the Mauvais Garçons [the Bad Boys]. Condemned to forced labor for life for the murder of an old lady in 1923, he was sent to the prison colony.

A tattoo on his shoulder

Charles Brunier, who called himself "Johnny King" in the prison colony, managed to escape three times. During the Second World War he enlisted as a fighter pilot in Mexico, where he had taken refuge after his second prison escape. For two years he hunted German submarines in the Caribbean, before continuing the war in Africa. After being decorated a second time in Brazzaville, in the Congo, by General De Gaulle in person, Charles Brunier took part in the Allied invasion of Italy. He finished the war as an *adjutant-chef* [roughly equivalent to a U.S. sergeant major or British warrant officer]. This did not keep him from being sent back to the prison colony in Guyana. It was not until June 12th, 1948, that the President of the Pardon Commission gave him a complete pardon "because of his skilled conduct during the course of the hostilities."

On his return to France, Charles Brunier settled in Domont, where he lived peacefully among neighbors who knew nothing of his past. During his free time, the former Convict 47355 built model ships, which he still keeps safe in his room at the nursing home. In spite of his 104 years, Charles still has a bright eye and can express himself, "but only when he feels like it," says the nursing-home staff. Yesterday, he did not feel much like it. He found it "incredible" that the grandson of a convict could be a minister-- he, without a family, who fought for many years in vain to clear his name, "to give an honest name" to the woman he loved. But he did not say a word about his own history.

The story of Henri Charrière, who died in 1973 at the age of 67, has been subject to controversy for a long time. In his book *Papillon épinglé* [**Butterfly pinned down**] (published in 1970 by Presses de la Cité), **Gérard de Villiers**, the creator of **SAS** [a James-Bond-style detective-novel hero], noted anomalies. "Not everything is false, but most of the adventures happened to others, not to Papillon, and sometimes years earlier," he said. These accusations were confirmed by a former prison guard. In a 24-page report addressed to the Ministry of Justice in December 1969, he said, "On can affirm that Charrière credited himself with adventures he imagined or which happened to other people." Coincidence or not, Charles Brunier has many tattoos on his body, among them a butterfly, and his left index finger is atrophied. Two distinctive marks of the most famous of convicts.

--by Eric Delporte and Olivier Sureau

FACTS

--May 31 1901. Charles Armand Brunier born in Paris, 16th *arrondissement* [*tiens tiens!*]

--1918. Enlisted in the Navy, he is decorated with the Croix de Guerre for military deeds in Syria.

--July 17, 1923. Condemned to forced labor for life for murder, grand theft, blows and wounds. He is sent to the prison colony in Guyana.

--**1925.** First attempted escape. He tries again in 1926, then in 1928. With four other convicts, on a tiny boat, he reaches the coast of Venezuela. He is recaptured in Bogotá, Colombia, and sent to the Îles du Salut [Health Islands!], from which he tries to escape in 1936.

--**June 18, 1940.** He listens to the **appeal of General De Gaulle** while in a Mexican tavern, where he had found refuge after a new escape in 1939 aboard a canoe. He enlists in a commando unit and becomes a fighter pilot.

--**1942-1945.** His conduct during the African campaign (Chad, Senegal, Mauritania...) earns him the honor of being decorated by General De Gaulle. Still being sought as an escaped convict, he is sent back to the prison colony.

--**June 12, 1948.** The Pardons Committee grants a pardon to Charles Brunier "because of his skillful conduct during the course of the hostilities."

--**1969.** Publication of the book *Papillon*, written by an ex-convict, Henri Charrière. The book sells 250,000 copies.

--**1973.** The film *Papillon* comes out, starring Steve McQueen. New triumph.

--**December 1993.** Charles Brunier enters the nursing home Orpa-Val-de-France, in Domont.

Anexo 2 – Charles Brunier

Ex-convict aged 104 claims to be Papillon

<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/france/1492895/Ex-convict-aged-104-claims-to-be-Papillon.html>

By Colin Randall in Paris

12:01AM BST 27 Jun 2005

A 104-year-old convicted killer has reopened debate over Papillon, the inmate of a notorious French prison in the Caribbean, by claiming that he was the real model for the character.

The book of the same name vividly described the wretched existence of criminals exiled to the Devil's Island colony in Cayenne, the daring escapes of its hero and the exotic life he led as a fugitive.

Published in 1969, Henri Charrière's supposed autobiography sold millions and was turned into a Hollywood film classic starring Steve McQueen as the author and Dustin Hoffman as a fellow-escaper.

But its veracity is being challenged by Charles Brunier, an alert centenarian who, in addition to having been detained with Charrière, was twice decorated as a war hero.

His claims have prompted French newspapers to speculate that the real Papillon may be an old lag seeing out his days in a home for the elderly near Paris.

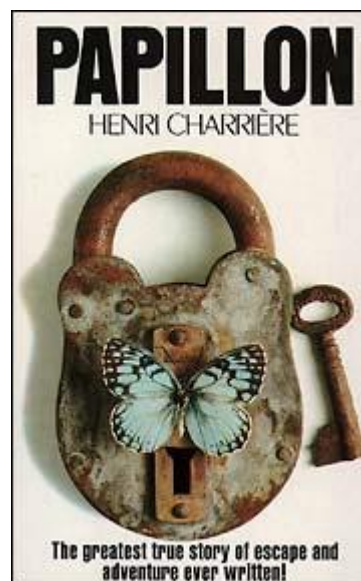
Charrière, who died in 1973, maintained that his story was accurate give or take lapses of memory.

But writers have cast doubt on his account. A French justice ministry report said it included episodes that were imagined or involved others and "should be divided by at least 10 to get near the truth".

At his old people's home at Domont in the Val d'Oise, Mr Brunier insists that Charrière borrowed liberally from his own experiences to embellish the novel.

Isabelle Mesureur-Cadenel, the director of the home, said: "When Mr Brunier recounts his memories, he says he was detained with Henri Charrière and is adamant that Charrière stole his story."

She said: "Under French law, he cannot vote or get married. He was freed as a war hero but he never succeeded in having his civic rights restored. He seems happy and alert for a man of his age."



Anexo 3 – ¿Ficción o no ficción?

La siguiente es una crítica a las aseveraciones de Papillon, basándose en la “improbabilidad” de algunos hechos y argumentando que se trata meramente de un trabajo de ficción literaria.

Henri Charrière – Papillon

http://www.coopertoons.com/caricatures/henricharriere_papillon_bio.html



Henri Charrière
Quel Papillon?

Pick up a copy of *Papillon*, the famous autobiography of Henri Charrière, and you'll learn Henri was unjustly convicted of murder in Paris in 1931 and sent to the French prison colony in French Guiana - the infamous *bagne*. Within a few weeks, he escaped to Columbia, lived among the Guajira Indians for seven months, was recaptured, and returned to the prison. While he served two years in solitary, he was never allowed out of his cell or permitted to speak. After a number of other escape attempts and a second stretch in solitary, he was transferred to Devil's Island ten miles from the mainland. There he crafted a raft of coconuts and floated back to the coast. Then he and two companions escaped by boat to Georgetown, British Guiana. Later he left Georgetown without authorization, sailed to Venezuela, was imprisoned again, and eventually was released. Finally he settled down and became a productive and law-abiding citizen of the country.

Henri, we learn, was one of the elite among the convicts, a true man-among-*bagnards*. You'd think Henri practically ran the place, making deals with the warden when he would or wouldn't escape, mandating where he could be transferred, and even advising the officers how to deal with a prisoner revolt. If there was a #1 inmate on - quote - "Devil's Island" - unquote - it was Henri Charrière, alias, Papillon.

Papillon was published in 1969 by Éditions Robert Laffont. It was an immediate bestseller, translated into all major languages, and made into a blockbuster movie with Steve McQueen and Dustin Hoffman. Henri wrote a sequel, *Banco*, about the years after his release, and died in 1973, his life a testimony of struggle against man's inhumanity to man.

There's just one little thing, *mecs*. *Papillon* was a novel. It was fiction.

That Henri Charrière was born in Ardèche, France in 1906 is true, and as a young man he gravitated toward the Parisian underworld. He was convicted of killing a friend and sentenced to life imprisonment. Although Henri claimed he was innocent, some writers who have looked into the matter see no reason to think he was innocent.

It is also true that Henri was sent to and escaped from the French penal colony in what was then (and still is) French Guiana. But his escape, though, was not within weeks of his arrival. Probably it was more like a year later. Certainly he did *not* escape by whacking some guards on the head and fleeing over the hospital wall, a tale whose details should have sent up an immediate red flag with Henri's readers.

According to Henri, when he and his friends were brought to trial after their recapture, he personally took charge of their defense. In a few brief sentences, he convinced the judge they had not intended to harm the guards and should be granted leniency. Why, Henri added, they had wrapped the clubs (actually the metal legs of the hospital beds) in cloth to prevent causing injury. The judge accepted the defense, and the final sentence - two years in solitary - was simply for "escape in the second degree".

There's one little problem here. There was no judge on a tribunal in the French penal system that would simply pooh-pooh the striking of a guard. The judge certainly would not have handed out a "Well, Papi, that's OK just don't do it again" type sentence. In French Guiana striking a guard was an extremely serious offense whether the guard was hurt or not. In fact, it carried the death penalty.

But Henri *was* given two years in solitary on St. Joseph, one of the three *Îles du Salut* - the "Islands of Salvation" - the most famous of which is Devil's Island. We learn he was kept indoors for full two years, never allowed outside of the cell, and denied medical attention. Cut to two meals a day for receiving smuggled food and cigarettes, he had to be admitted to the hospital after his release from solitary. But after his second stretch (for another escape), he was responsible for the governor mandating that the prisoners be given an hour out of their cells a day for exercise and a swim.



Albertine Sarrazin
Henri's Inspiration

Well, there are good and sound reasons for doubting the Gospel According to Henri. If you read the actual regulations (and accounts of other convicts) you'll find the more repressive rules Henri described had been abolished well before Henri arrived. When Henri became a *reclusionnaire* there were actually three stages of solitary. At first you did indeed remain in your cell 24 hours a day - but only for a two week stretch. Then you were allowed out for exercise. This was, we agree, a tough sentence by today's standards, but it was not as bad as what Henri described. Then at the next stage of your sentence, you were allowed out for exercise an hour a day, and this included your swim. Finally the prisoners at the last stage were allowed out of their cells during the day to work around the island, although they were not permitted to speak.

Lest readers still wax wroth about the conditions - even after the "reforms" - we should remember that the last two stages of solitary on St. Joseph involved a regimen which even today isn't much different from those in maximum security prisons in America. In fact, the more dangerous

criminals in "lockdown" are even more restricted than Henri was. They are fed in their cells and are only permitted one hour of exercise a day by themselves. They may never be permitted to see other convicts. Of course, the modern prisoner's diet is selected by professional nutritionists to be balanced and healthy, and the cells on St. Joseph were not air conditioned and kept free of vermin as the FedMax cells are today. Nor could the *reclusionnaires* read, watch television, or listen to the radio. But then in the 1930's *nothing* was air conditioned, and no one had television, either.

Finally let's say this out loud, all together.

Henri Charrière did *not* - that's *not! not! NOT!* - escape from Devil's Island by jumping into the sea and floating away on a pile of coconuts.

Henri didn't escape from Devil's Island period. He probably was never even there. *Diable* only held prisoners convicted of treason (like the innocent Alfred Dreyfus), and typically there may have been five or six prisoners kept on the island at any one time. If Henri did set foot on *Diable*, it was probably as part of a work party. And as far as Henri jumping off a massive cliff into the ocean (as in the movie) look at the pictures of the island, for crying out loud. Any "cliffs" are ten, maybe twenty, feet above the ocean and most of the beaches slope down to the shore.

Instead of jumping into the sea off Devil's Island, Henri was transferred back to the mainland. Lucien Baue, an ex-convict interviewed in the 1980's, remembered him there during war years. Henri stayed out of trouble and didn't bother anyone. But he did escape a second time and eventually settled in Venezuela where he did indeed marry and became a successful restaurateur.

How, then, did Henri get away?

Most likely he simply had one of the local boatman row him across the river. The main camp at St. Laurent was just across the Maroni River from Dutch Surinam. Even in the earlier days, many prisoners were allowed to work without supervision and about 25 % of the prisoners could literally have walked away at any time. Getting away was easy. *Staying away* - that was the hard part.

Remember, French Guiana is tropical jungle. Therefore there were one of three options for an escapee once they got into Surinam. The first was to go to a town and be immediately arrested and returned to French authorities. Or they could try to make it through the jungle. There they found simply moving through the tangled brush was near impossible, and they had little things like jaguars, crocodiles, and poisonous snakes to contend with. Those weren't the worst of the critters, though. One prisoner who tried to flee through the jungle couldn't stand the mosquitoes. Within a day or two, most escapees in the bush were all too eager to turn themselves in.

The third alternative was to steal or buy a boat and float down the river to the ocean and then try to sail along the coast to freedom. But even then if the boat didn't sink or you didn't die trying to land, you were almost sure to be captured and extradited. At best - like if you landed in British Guiana - you were forced to move on. *Then* your boat would sink, you would die trying to land, or you would be captured and extradited.

But by the time Henri made his second escape things had changed. The world was at war, and French Guiana (together with the *bagne*) were under the jurisdiction of the pro-German French Vichy government. Surinam, though, was controlled by the Allies, and prisoners from Guiana were no longer returned to French jurisdiction. So once across the river, Henri could make his way to Venezuela without fear of extradition.

But how do we really *know* that *Papillon* - as good an adventure tale as it is - is fiction? After all, Henri stuck by his story until he died in 1973. Besides, if you look up *Papillon* on that Great Fount of Truth, the Internet, his version is the one we read. How, then, can we be in doubt?

As Tonto might have said, what do you mean *we*, kemosabe? *English* speakers will read *Papillon*'s account, that is true. But for those who can plow their way through a bit of Henri's native tongue - or even those willing to delve a little more deeply into the matter *en anglais* - will find there are research options which gives the reader a bit more in-depth (and accurate) account.

The cold hard fact is that *Papillon* was debunked the year after it appeared when Gérard de Villiers published *Papillon Epingle* ("Papillon [Butterfly] Pinned"). Interviewing convicts (including Henri), former guards and officials, and reviewing known history and the penitentiary records, Gérard documented that many of the stories were fictionalized borrowings from the lives of other convicts. Some events even happened long before Henri arrived. Furthermore Henri was not the rebellious leader he describes. Instead he was a quite normal prisoner who caused little trouble, and like so many others, got along and did as he was told.



Francis "Flag" Lagrange
*Le bagne - pas une
colonie de vacances.*

Finally, we got the scoop from Robert Laffont himself. In the 1990's Robert finally told an interviewer that Henri had indeed submitted his book as a novel and parts of the book were borrowed from other sources. *Papillon* is still a good book, mind you, but it's still a work of fiction.

So what was life *really* like in the *bagne*? Was it as bad as Henri said? Certainly Rene Belbenoit, who wrote the famous *Dry Guillotine* told of horrible conditions and brutal guards and officers. On the other hand another former prisoner, Francis "Flag" Lagrange, paints quite a different picture of life on "Devil's Island". True, it was a prison, he said, not a summer camp - *pas une colonie des vacances*. But it was, Flag said, no worse than other prisons of the era, and in some ways it was better. If you behaved, you got along and would even be assigned a job in the town. There you worked unsupervised at a slow "colonial" pace, sweeping the streets, trimming trees and gardens, and generally

keeping yourself inconspicuous. That there were instances of violence and cruelty can't be denied, but they were individual acts by individuals. The horror stories of book and film, Flag tells us, were atypical or limited to what happened in the outlying jungle camps.

Ironically some retellers of the life of Henri want to have their *croissants* and eat them too. In other words, they describe the life of Henri as told in the book (ergo, novel), complete with his escape from the hospital, recapture, second escapes, confinement and escape from Devil's island. Then as an afterthought they mention, oh, yeah, "many" scholars think Henry's stories were borrowed from other convicts.

The genesis of *Papillon* was in 1967. Then Henri, living in Caracas, bought a copy of *L'Astrange*, a novel by Albertine Sarrazin. Albertine had been a "bad girl" in France, had been sent to prison for petty crimes, escaped, recaptured, and while in prison, wrote her book. It was Albertine who was Henri's unsuspecting muse and inspiration.

Anexo 4 – La Isla del Diablo

Erwin James, ex-convicto, visita la Guayana Francesa como parte de un viaje turístico, y se aventura en la olvidada Isla del Diablo.

Among the ghosts

<http://www.theguardian.com/world/2006/dec/04/france.prisonsandprobation>

Devil's Island was once the world's most notorious penal colony - a place where spirits and bodies were broken, with no thought for redemption or rehabilitation. What would former lifer Erwin James make of it today?

Erwin James

The Guardian, Monday 4 December 2006

Erwin James in a prison cell on Devil's Island.

Photograph: Martin Argles

I was grateful that the captain, an artisan fisherman from Surinam, was a master navigator. As he edged his boat, a vessel not much bigger than a traditional dug-out, towards the rocks, cranking its old engine from forward into reverse and then forward again to combat the violent swells of the crystal-green sea, the dangerousness of the venture hit home. Suddenly we were less than six feet from Devil's Island, the most notorious prison island in the world. In that moment, as I perched on the tiny rocking bow preparing to disembark, I understood why it had been so difficult to persuade anyone local to bring me here. "Allez!" shouted the second mate, pointing at the one flat-faced rock among the jagged mass. There was no time to hesitate and no turning back. I jumped.



Within a few adrenaline-pumped minutes I had scrambled over the rocks and entered the thick jungle undergrowth, almost immediately getting tangled up in the huge sticky cobwebs that hung all around. Panic began to rise in my chest as hand-sized spiders appeared from nowhere and dashed blindly over me. I felt bites on my legs and arms, but kept running, faster, slipping and sliding on ground knee-deep in rotting coconuts. At last a clearing, and there, 20 paces ahead of me, stood the one-man prison measuring just four metres (13ft) square where Alfred Dreyfus, the Jewish French army officer convicted on false charges of treason in 1894, spent nearly five years of a life term before eventually being pardoned. I stopped running and walked nervously towards the tiny stone building. The iron barred gate, rusting and bent, hung open. I walked inside and breathed in the cool air.

I had been intrigued by Devil's Island for a long time, ever since first reading about Dreyfus, and about Henri Charrière, aka Papillon, author of the best-selling 1968 book of the same name. Charrière, who claimed to have been framed for murder, spent 13 years of his life sentence in the French Guianan penal colony before escaping from Devil's Island on a raft made from coconuts. Then I was in the earliest stages of my own, uncontested life sentence. Though our circumstances differed vastly, I felt a measure of empathy with both men. I could relate to the isolation they endured, and their determination to survive against the odds and emerge to a better

life. The biggest obstacle to overcome, however, in all our cases, appeared to me to be punishment, deserved or otherwise.

This year marks the centenary of Dreyfus's final exoneration (Charrière, had he not died in 1973, would have celebrated his 100th birthday last month). As our own society struggles to look beyond a generally punitive approach towards crime and anti-social behaviour, this anniversary seems to me to be sufficient grounds to revisit the most punitive prison regime in recent western history, to examine the value of punishment.

French Guiana operated as a penal colony from 1852 until 1946. Those transported ranged from political detainees for whom, officially at least, confinement on Devil's Island was specifically reserved, to people convicted of the most serious "common" crimes such as murder, rape and robbery, as well as habitual petty criminals. Under the policy of *doublage*, when their terms had been served convicts sentenced to hard labour were forced to remain in French Guiana for a period equal to their original sentence. Anyone receiving more than eight years was exiled for life.

The transport ships' docking point in the colony was St-Laurent-du-Maroni on the banks of the Maroni river. Some prisoners served their time in St Laurent's massive Camp de la Transportation; others were dispersed throughout the colony, to logging camps in the jungle, where many were forced to work naked. Those deemed troublesome were sent to the *Iles du Salut* (Salvation Islands). The closely grouped islands, Ile Royale, Ile St Joseph and Ile du Diable (Devil's Island), situated 10 miles off the coast of French Guiana, were the most notorious prison settlements in the colony.

Forty per cent of new arrivals to the colony perished within the first year. Of the 80,000 or so who were transported during the colony's 94-year existence, few made it back to France. Most were killed by the merciless nature of the forced labour, the poor diet and lack of protection from the myriad diseases rampant in the unfamiliar tropical environment. Many died during escape attempts, savaged by wild animals, ravaged by scurvy, or picked off by professional escapee hunters - or in the case of sea-bound escapes, drowned or were eaten by the sharks that infest the coastal waters. The last convicts were repatriated to France in 1952.

After a nine-hour flight from Paris, I landed in Cayenne, the sparse capital of French Guiana and took a taxi to Kourou, formerly the main administration depot for the jungle labour camps and now the point of departure for trips to the *Iles du Salut*. My plan was to visit the islands, which had in effect acted as the hub of this unique penal experiment. My readings had given me a flavour of what life had been like for these forgotten people. But I wanted to see for myself what conditions the likes of Charrière and Dreyfus and other incorrigibles - the so-called worst of the worst - really endured.

Kourou feels like a frontier town. The populace is mainly French Creole, but includes a significant number of white metropolitan French and a regiment of Foreign Legionnaires. I made my way to the "port", which turned out to be no more than a patch of wasteland with access to a couple of river pontoons. I asked around, but though tourist trips were available to the Ile Royale and from there to St Joseph's, it was made clear to me that going anywhere near Devil's Island was *strictement interdit*. So next day I headed for Royale on a tourist catamaran. Soon after we pulled anchor, I asked a French woman her view of the penal colony history. "Monsieur," she said, "en France c'est un sujet tabou!" ("In France, the subject is taboo.") When I asked her why, she said it still caused embarrassment in her country.

Before long, the islands appeared in the distance. The skipper's mate told me the chances of getting on Devil's Island were "pas bons". Both he and his boss were metropolitan Frenchmen, here solely to crew the catamaran back and forth to the islands. Drawing closer, the lush greenness of the islands seemed to glow under the canopy of the dazzling blue sky. Soon we were anchored in the small harbour of Ile Royale. I disembarked and made my way up to the auberge, formerly the guards' mess hall, where I was booked in for one night.

An official guide offered tours but visitors were free to wander. I made first for the "Crimson Barracks", a building notorious for the number of prisoner-on-prisoner killings that had taken place within its confines. The thick walls were still intact. The big iron gates were closed but could be pulled open. Gingerly, I stepped inside. Rusting *barres de justice*, the steel poles that ran through the manacles securing the prisoners by the ankles to their beds, lay all around.

I moved to the cell block. The doors had all long since been removed, yet the atmosphere of claustrophobic isolation was intense. The corroded bars of the cell windows were festooned with monstrous tree roots and creeping vines. Everywhere punishment loomed large.

Back out in the open, I found the site of the island's guillotine. The four brick foundation blocks were still in place. Here countless men had been beheaded, sentenced by a special court often for little more than raising a pathetic hand to a guard. Executions were assisted by a trusted convict. Taking the severed head from the basket, the official in charge would raise it to the assembled convicts made to kneel and watch, and announce "*Justice est faite*" ("Justice is done"). The heads were later preserved in jars of alcohol and sent back to Paris as proof that executions had been carried out.

In the chapel I admired the murals painted by the French artist Francis Lagrange, sentenced to 10 years for counterfeiting currency. Lagrange peopled his crowd scenes with fellow prisoners. In one, Guillaume Seznec, a Frenchman almost certainly wrongfully convicted of murder in 1924 who spent more than 20 years in the colony, is depicted as a John the Baptist figure. Even today, a powerful lobby in France campaigns to have Seznec pardoned. Lagrange famously said that penal life in French Guiana was not as bad as some escapees had made out. But he was fortunate that he had a talent that made life here more survivable, although he did serve two years in solitary in the reclusion block on St Joseph's after being caught counterfeiting five-franc notes.

After lunch, the skipper of the catamaran invited me on an excursion across the bay to St Joseph's. I nagged him for assistance to get on Devil's Island. "We'll see," he said eventually. It emerged that he had a fisherman friend working from St Joseph's. After we landed, I watched him speak to the man on the jetty. A shake of the head, a shrug of the shoulders, and a resounding "Non!" Resigned to no more than a distant view of the palm-crowned stump of rock that for generations of French people symbolised the very essence of punishment, I set off to inspect the prison at the top of the highest hill on St Joseph's.

The scene that came into view over the brow was one of the most harrowing I have ever seen. The prison buildings, though entangled with jungle overgrowth, are surprisingly well preserved. Above the open gate, foot-high letters carved in a stone lintel announce *Réclusion* (Imprisonment). I stared for a while at this monument to retribution and then stepped over the threshold. Picking my way through the narrow corridors, avoiding the tribes of fire ants and massive cobwebs, the vines and the rampaging tree roots, I was astounded by the quantity of rusting iron. Scattered everywhere were pieces of chain, steel bars, bolts and fetters. The cells

where prisoners spent up to five years in isolation had no ceilings, only iron grids, through which armed guards mounting 24-hour patrols would keep a constant watch from steel walkways. Crouching in one of the cells, I looked up and imagined the eyes of the keepers looking down. On the walls were the remnants of the man-shackles that secured countless wretched inhabitants of this space over the years; they made me want to weep. This was punishment and beyond. Here souls were extinguished as, en masse, thousands of men were systematically imprisoned to death.

What I found in the failed and shameful French Guiana penal experiment went beyond what I had anticipated. France is right to be embarrassed. Here was a social cleansing operation of enormous magnitude, the mass destruction of unwanted segments of humanity, all in the name of punishment. I know that though my separation from society for 20 years was necessary and deserved, it was productive in the end not because of any punishment element, but in spite of it. Before this visit, my prison experience had made me sceptical about the value of punishment. Now, seeing all this, I was even more so.

Then I heard a voice call out. "Monsieur! I have a fisherman!" The skipper's friend had spoken to a passing crew from Surinam. The captain had agreed to put me on Devil's Island and would collect me 30 minutes later for €100 - about £70. "It's a deal," I said, and soon I was boarding the long, narrow fishing boat.

Too soon for comfort we arrived and I was instructed to jump from the boat to the rocky shore. Dreyfus's prison is in remarkably good condition. Evidently, it has been rebuilt in recent years. But there is no sign to tell of his ordeal, no plaque to mark his courage. (Dreyfus was later decorated with the Légion d'honneur, the highest honour in France.) As I paced his stone floor and looked out through his window bars, I was exhilarated but at the same time troubled by the pervading sense of deprivation. This was life without hope, banishment to the edge of the world, a true living death.

I wanted to stay longer but, with the minutes passing, I stepped back outside and strode towards the centre of the island. By the time I reached the quarters where other political prisoners were held, my time was almost up. Each one-man block was self-contained, with a stove and a stone bed. All were draped in vines, exposed roots and the ubiquitous cobwebs. High to my left, the gaping windows of the warden's house kept vigil. Next to it stood the sentries' quarters, the banana store and the pigsties. Up ahead I could just make out the site of Dreyfus's bench, the highest point on the island, where, ever the patriot, he spent so many long hours staring longingly towards France, and from where Charrière launched his coconut raft before leaping after it and riding to freedom on the seventh wave, the one he called Lisette.

With my time almost up, I turned and raced back to my landing point. Grazed, filthy and bleeding, I emerged from the undergrowth, relieved to see the fishing boat waiting as promised. Carefully, the crew brought the boat in close enough to the rocks for me to leap back on board. We were halfway back to Ile Royale before my heartbeat resumed its normal pace. The youngest crewman asked me, dour-faced, if I'd seen the devil. "No," I replied, "only ghosts" -

Anexo 5 – Islas de la Salvación

http://es.wikipedia.org/wiki/Islas_de_la_Salvaci%C3%B3n

Las **Islas de Salvación** (en francés: *Îles du Salut*) son un grupo de pequeñas islas de origen volcánico a solo 11 kilómetros de la costa de la Guayana Francesa (14 km al norte de Kourou) en el océano Atlántico. Aunque están más cerca de Kourou, las islas son parte de la comuna de Cayenne (municipio), específicamente Cayenne en el primer Cantón Nord-Ouest.

Hay tres islas, de norte a sur:

Isla	Área (ha)	Altura (m)
<u>Isla del Diablo</u> (<i>Île du Diable</i>)	14	40
<u>Isla Real</u> (<i>Île Royale</i>)	28	66
<u>Isla San José</u> (<i>Île Saint-Joseph</i>)	20	30
TOTAL	62	

La Île du Diable es más conocida como la Isla del Diablo. La superficie total es de 0,62 km² (62 hectáreas). Île du Diable y Île Royale están separadas por el Paso de las granadinas (Passe des Granadinas), Île Royale y la Île Saint-Joseph por el Paso de la Deseada (Passe de Désirade). Las islas fueron utilizadas como una colonia penal desde 1852 en adelante, ganando una reputación por su dureza y brutalidad. Este sistema se fue suprimiendo gradualmente y ha sido completamente cerrada desde 1953. Hoy en día las islas son un popular destino turístico. Las islas fueron nombradas en la novela de Henri Charriere, 'Papillon'. Fue encarcelado aquí durante 9 años.



Historia

Llamadas primero por los primeros exploradores "Islas del Triángulo" (« Îles du Triangle ») debido a la forma en que están dispuestas las islas, estas tomaron luego el nombre ominoso de las "Islas del Diablo" (« Îles du Diable »), debido a las fuertes corrientes que hicieron que su acceso fuese muy peligroso, a lo que se suma también la trágica expedición de Kourou 1763-1764, que terminó en una masacre (cerca de 12.000 muertes en un año).

Las epidemias de fiebre amarilla, debido a la insalubridad del clima de la Guayana, la falta de alimentos y agua potable, y las instalaciones provisionales y la falta de organización, habían diezmado a la mayoría de los colonos de origen francés, enviados a la Guayana para poblar el territorio. Los sobrevivientes, que encontraron refugio en estas islas de clima más favorable y con menos mosquitos, rebautizaron el territorio como « Îles du Salut » (Islas de la Salvación).

Después de los primeros pobladores, a los esclavos negros se les dio la dura tarea de limpiar estas áreas. A los sobrevivientes se les permitió unirse a la parte continental y fundar las primeras comunidades a lo largo del río Maroni.



Cementerio de prisioneros de la
Isla San José (*Île Saint-Joseph*)



Anexo 6 – Louis Dega

http://en.wikipedia.org/wiki/Louis_Dega

Louis Dega (born 1890, Marseilles, France – died unknown, French Guiana) was a prisoner in the French Guiana penitentiary of Devil's Island. He was convicted of fraud and counterfeiting and sentenced to fifteen years' imprisonment by France, where he became a companion of Henri Charrière (also known as *Papillon*) for thirteen years. The two were first sent to a prison in Caen, France, until they embarked for South America in 1932. He had a younger brother named Joseph who tried to help Charrière escape from Barranquilla prison in Colombia. Dega and Papillon had previously met before embarking to South America, and made a deal in which Dega paid Papillon for protection. The two became best friends during their sentence.

Over thirty years after his escape, Charrière included Dega in his autobiography. Director [Franklin J. Schaffner](#) adapted the book to a movie in 1973, with [Steve McQueen](#) playing Papillon, and [Dustin Hoffman](#) playing Dega. Their exploits together were greatly dramatized in the film.

Anexo 7 – Popsy Pop contra Papillon

<http://www.fotogramas.es/Peliculas/Popsy-Pop-contra-papillon>

Director: **Jean Herman**

Intérpretes: **Claudia Cardinale, Ginette Leclerc, Henri Charrière, Joachim Hansen, Marc Mazza, Stanley Baker**

Título en versión original: **Popsy Pop**

Año: **1970.**

Duración: **98 min.**

Clasificación: **Sin definir**

Género: **Acción**

Color o en B/N: **Color**

Guión: **Henri Charrière, Jean Herman**

Fotografía: **Jean-Jacques Tarbes**

Una de las consecuencias del éxito de la novela autobiográfica "Papillon" fue el encumbramiento de su autor, Henri Charrière, convertido en personaje popular. Este film no fue más que la consecuencia de esta popularidad. Es un discreto relato de acción en el que el autor encarna a un personaje que se parece ligeramente a sí mismo.



Bibliografía

- Arendt, H.; *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987.
- Bergson, H.; *El pensamiento y lo moviente*, Buenos Aires, Cactus, 2013.
- Bergson, H.; *La evolución creadora*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.
- Charrière, H.; *Banco*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1973.
- Charrière, H.; *Papillon*, Barcelona, RBA Editores, 1993.
- Deleuze, G.; *En medio de Spinoza*, Buenos Aires, Cactus, 2008.
- Deleuze, G.; *Exasperación de la filosofía. El Leibniz de Deleuze*, Buenos Aires, Cactus, 2006.
- Deleuze, G.; *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Deleuze, G.; *Kant y el Tiempo*, Buenos Aires, Cactus, 2008.
- Deleuze, G.; *Nietzsche*, Madrid, Arena Libros, 2000.
- Deleuze, G.; *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- Deleuze, G. y Guattari, F.; *Kafka, para una literatura menor*, Madrid, Editora Nacional, 2002.
- Deleuze, G. y Guattari, F.; *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*, Valencia, PreTextos, 1988.
- Fabelo Corzo, J.R.; *Los valores y sus desafíos actuales*, Libros en Red, 2004.
- Ferrer, C. (Comp.); *El lenguaje libertario*, Tº2, Montevideo, Nordan, 1991.
- Foucault, M.; *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Foucault, M.; *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, vol. I*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Foucault, M.; *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1991.
- Foucault, M.; *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990.
- Foucault, M.; *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Foucault, M.; *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979.
- Foucault, M.; *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2012.
- Foucault, M.; *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.
- Guattari, F.; *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*, Buenos Aires, Cactus, 2013.

- Kundera, M.; *La Insoportable Levedad del Ser*, Barcelona, RBA Editores, 1993.
- Lapoujade, D.; *Potencias del tiempo. Versiones de Bergson*, Buenos Aires, Cactus, 2011.
- Lukács, G.; *Teoría de la novela*, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2010.
- Marí, E.E.; *La problemática del castigo. El discurso de Jeremy Bentham y Michel Foucault*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
- Marrati, P.; *Gilles Deleuze: Cine y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
- Spinoza, B.; *Ética demostrada según el orden geométrico*, Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1983.
- Toth, S.; *Beyond Papillon. The French Overseas Penal Colonies 1854-1952*, Nebraska, University of Nebraska Press, 2006.
- Zourabichvili, F.; *El vocabulario de Deleuze*, Buenos Aires, Atuel, 2007.

Fuentes Web:

- Larrosa, V.; “*Máquinas de guerra y la potencia de lo efímero. Continuación.*” en http://www.imagencristal.com.ar/imagencristal_portal/clase-56-maquinas-de-guerra-y-la-potencia-de-lo-efimero-continuacion/
- Sabatini, H.; “*Lo liso y lo estriado*”, en http://www.imagencristal.com.ar/imagencristal_portal/clase-30-lo-liso-y-lo-estriado/
- Sabatini, H.; “*Rostridad*”, en http://www.imagencristal.com.ar/imagencristal_portal/clase-43-rostridad/
- Zambrini, A.; “*Cuerpo sin Órganos*”, en http://www.imagencristal.com.ar/imagencristal_portal/clase-29-cuerpo-sin-organos/
- Zambrini, A.; “*Acontecer, devenir, clínica*”, en http://www.imagencristal.com.ar/imagencristal_portal/clase-66-acontecer-devenir-clinica/